

Otoño 2023

***Cuadernos de
Encuentro***

154



EN ESTE NÚMERO

	<u>Pág.</u>
Donde encontrar el camino, <i>Emilio Álvarez Frías</i>	3
Apuntes polémicos de verano, <i>Luis Fernando de la Sota Salazar</i>	5
Confusas interpretaciones, <i>Luis Buceta Facorro</i>	10
Europa en el corazón, <i>Manuel Parra Celaya</i>	18
La declaración de París	22
La nueva evangelización, <i>Joseph Ratzinger</i>	33
Hablemos de la soledad, <i>Arturo Pretel Pretel</i>	41
Ciencia, lógica y Dios, <i>José María Menéndez</i>	48
Metapolítica e histórica, <i>Alberto Buela</i>	51
Incongruencia, <i>José María Adán García</i>	53
Unamuno contra la revolución izquierdista, <i>Jesús Laínz</i>	55
Reencuentro con <i>El Santo</i>, <i>Joaquín Albaicín</i>	59
Hacia una sociedad del cuidado, <i>Ana B. Díaz Cortés</i>	61
Reseña de libros	64
Desde mi otero, <i>José Manuel Cámara López</i>	67



Cuadernos de Encuentro

2ª ÉPOCA

Nº 154 - Otoño 2023

EDITA:

CLUB DE OPINIÓN ENCUENTROS

C/. Santovenia, 19

28008-MADRID

secretaria.encuentros@yahoo.es

DIRECTOR

Emilio Álvarez Frías

JUNTA DE GOBIERNO:

PRESIDENTE

Luis Fernando de la Sota Salazar

VICEPRESIDENTE

Antón Riestra Pita

SECRETARIO GENERAL

Fausto Heras Marcos

TESORERO

Gerardo Hernández Rodríguez

VOCALES

Luis Buceta Facorro

Fernando Cadalso Preciado

José Manuel Carabaña Ortega

Gonzalo Fernández Suárez de Deza

Carlos Giménez de la Cuadra

Adolfo Iranzo González

Jesús Martínez Martínez

Fernando Ortíz Monteoliva

CONSEJO ASESOR

Antonio Diosdado Serrano

Dalmacio Negro Pavón

Luis Suárez Fernández

Impreso en Artes Gráficas DEAN, s.a.

Depósito Legal: M-13837-1988

El **Club de Opinión Encuentros**, a través de actividades relacionadas con la cultura y el pensamiento, aspira a contribuir a la formación de una corriente regeneradora en España acorde con los tiempos actuales. Siendo un Club con vocación de «encuentro» de los españoles, admite en las páginas de sus publicaciones, en sus tertulias y conferencias, los juicios de cuantos se encuentran en esta línea, sin que ello suponga asumir las distintas opiniones.

DONDE ENCONTRAR EL CAMINO

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Una vez más, sin temor, sin complejos, con ánimo de trabajo, hay que empezar de nuevo a caminar por un sendero como alguno de los que otrora ya tomamos. Aunque sin duda modificado, actualizado, pues los tiempos cambian. Incorporando en el macuto todo lo que el correr de los años haya aportado y sea útil, tal como el avance de la técnica, el perfeccionamiento real y válido de los más diversos elementos que son útiles para el hombre y son dignos de tener en consideración. Y, lógicamente, dejando atrás las provocativas aportaciones de quienes se han empeñado en un progreso destructivo, alejado de las constantes que recibíamos al nacer, ideado por mentes retorcidas con deseos de convertir al hombre, a la mujer, en algo que se aleja de lo que produjo el Creador, haciendo mal uso y abuso de la libertad que nos colgaron a cada cual ya en el seno materno.

En estos momentos nos hallamos en una encrucijada confusa, pues no sabemos cuál va a ser nuestro destino, el de España, quién apuntará lo que hemos de hacer, de qué forma se empeñará en cómo hemos de vivir, cuál será la forma de presentarnos qué es lo bueno y qué lo malo, si podemos rezar mirando a la Cruz allá donde se encuentre o pretenderá que dinamitemos todas las que hallemos por el camino. Todo es confuso pues ya han plantado unos hechos, unas leyes, que, justamente, van en contra de lo que, desde nuestro juicio, debieran ser. Y habría que empezar limpiando toda esa porquería que tenemos a la puerta de casa.

Estos cambios son el problema que, junto con otros valores lícitos, aporta la democracia. Aunque, según nos cantan habitualmente por valles y montañas la canción de que la democracia es el mejor sistema de gobernar un país, y de alguna forma admitimos la posibilidad de que sea así, lo cierto es que en ese sistema de gobierno se producen incorrecciones de todo tipo por todos los lugares de la Tierra, siendo fácil el contubernio por aquello de que la libertad tiene numerosas interpretaciones, y cada quién la acomoda a sus deseos, a sus modos de ser, a lo que su mente valora como deseable. Porque no dejan de ser dominadas por los ambiciosos, los poderosos, los soberbios, los que quieren cambiar el mundo, los que controlan este o el otro partido político, los que carecen de todo pudor y honestidad y buscan el enriquecimiento y, en resumen, en ellos se da el dominio de los que creen que son los más adecuado para llevar la majada, sin tener en cuenta opiniones distintas, mejores planteamientos, sentires diversos de quienes ofrecen soluciones disímiles.

En España podemos encontrar percheros de todo tipo donde se amontonan piezas de lo más variado, a veces las mejores, las más documentadas, las más formadas en cada una de las especies, las que se ajustan con mayor soltura a los elementos que las han de disfrutar de por vida. Pero, por la misma razón de que el pensamiento es diverso, también nos encontramos no a los mejores y más formados, sino, en muchas



ocasiones, a los indocumentados y ansiosos, a los ideólogos con autoestampación en la frente que son seguidos incondicionalmente por los pobres de espíritu que ven en ellos un mesías que les dará todo lo que creen merecer. Se aprecia en el gobierno de la nación y en una simple reunión de amigos. Y de ahí sale lo que vemos; los menso siguen obcecados a los flautistas que les insuflan lo que desean oír sin valorar si las notas responden a las de la partitura que ansían escuchar; y los más habilidosos demuestran su programa y, libres de escrúpulos presentan lo sucio como limpio, lo despreciable como lo deseable, lo ansiado personalmente como aquello que van a recibir todos los partidarios, presentando un idílico paisaje que, en la realidad, no depone de ser una nube tormentosa que dejará caer sus raudales de agua igual sobre los gregarios que sobre los que lo temían cuando miraban al cielo con precaución y recelo.

En estos momentos la solución de la incógnita se encuentra en los poderes que esconde el arcano: si la balanza se inclinará por el platillo donde la pesa ofrece un nuevo tiempo, claro, limpio, prometedor de misericordias y buenas andanzas, o se ladeará por el platillo en el que la pesa opuesta se presenta sucia, maloliente, tumbada en lugar de adoptar una postura bien erguida. Porque, como decía Enrique Jardiel Poncela, «los políticos son como los cines de barrio, primero hacen entrar y después te cambian el programa». Y estamos sometidos a los políticos que creen estar en posesión de la verdad, de una verdad que es suya y que van ajustando a las necesidades para conseguir la victoria que persiguen, bien apoyada en una creencia bien en una ambición, o bajo las dos condiciones. ●

APUNTES POLÉMICOS DE VERANO

LUIS FERNANDO DE LA SOTA SALAZAR

Con este calor, situaciones familiares adversas, y la velocidad, más bien el amontonamiento de noticias a nivel universal que nos inundan, se entiende perfectamente que algunos colaboradores habituales de nuestra revista, hayan declinado mi petición con tiempo escaso, de enviarnos algún artículo.

Es indignante que no se nos haya permitido a los españoles el poder disfrutar de unos merecidos días de descanso para desconectar del diario trabajo realizando ese añorado viaje, solo o con la familia, esa paz del pueblo o ese bullicio de la playa, solo porque a estos puñeteros políticos y algunas Instituciones, se hayan empeñado, atendiendo solo a sus intereses, convocar dos elecciones seguidas. No quieres una taza, pues taza y media, y además para más fastidiar, la segunda ¡nada menos que un veintitrés de Julio!

Pero habrá que intentar escribir alguna crónica de verano, aunque sea en porciones o a través de unos apuntes polémicos que es como suelo titular algunos de mis artículos. Y refiriéndome solo a España y a temas intemporales para sintetizarlos mejor.

Elecciones

Sin embargo, es inevitable no referirme a los comicios celebrados aunque estemos hartos del tema. En las elecciones de Mayo, ya hice algunos comentarios en el número anterior, expresando mi deseo de que los españoles o al menos una buena parte de ellos, votaran lo que consideraran en conciencia lo mejor para España. Y como mis deseos se cumplieron e incluso sobradamente, lo consideré un prometedor primer paso para librarnos del «sanchismo» rampante que estaba destruyendo España.

Pero se celebraron las segundas, y aquí surge la sorpresa. El PSOE contra todo pronóstico, remonta y se afianza con grandes posibilidades de seguir en el poder y el Partido Popular gana las elecciones, pero por el contrario, le puede resultar muy difícil, por no decir imposible formar gobierno.

¿Qué ha pasado? Porque las cosas parecían estar muy claras en el sentido contrario.

Pues a mi modesto entender han pasado dos cosas: La primera, que se había estado subestimado a los socialistas, muchos de los cuales no están de acuerdo con Sánchez, pero siguen siendo socialistas. Y escocidos por el resultado de las elecciones anteriores, no han dudado en cerrar filas y mantenerse fieles a su militancia, y entre otras cosas también, por el temor a que un cogobierno del PP y Vox pudiera derogar varias de las Leyes con las que se sienten identificados. ¿Porque, cómo no se van a sentir identificados con la Ley de Memoria Histórica y ahora Democrática si confían en que si se mantiene «el relato», las nuevas generaciones estarán convencidas de que sus mayores no perdieron la guerra civil y que en todo caso, el resultado de la contienda se debió a la ayuda que los nacionales recibieron de los gobiernos fascistas italianos

y alemanes? ¿O con la Ley que permite que sus hijos, sin esfuerzo, vayan aprobando cursos con independencia de los suspensos recibidos? ¿O con esas feministas tan aplaudidas, por las que las mujeres pueden hacer lo que les dé la gana solo por el hecho de serlo? Y así podría seguir enumerando razones.

Y la segunda, pasando a la derecha y a su gran paradoja, el parco triunfo del Partido Popular se produce fundamentalmente a dos errores:

El primero, el que cometieron las empresas demoscópicas y medios afines, que alimentaron la idea de que estas elecciones iban a ser un paseo militar triunfal, lo que en buena manera invitaba a la cómoda inhibición veraniega, unida al también incómodo sistema del voto por correo.

Y el segundo, es el que produjo la gran paradoja.

Así como los socialistas cerraban filas, aparece un sector de españoles que manifiestan dudas, lanzan duros reproches y acusaciones culpando a un gobierno de todos los males que sufre España durante años. Y ahí viene la gran paradoja, de que confundiendo de enemigo, no lo hacen contra el gobierno socialistas, no, sino contra el Partido Popular.

Y esto lo hace un sector político que siempre se ha distinguido por su radicalidad y contundencia contra este régimen social-comunista-separatista, y su deseo y empeño en desplazarle. Provocando en muchos indecisos, la sorpresa y el justificado temor de que ese Partido Popular no es de fiar cuando entre ellos mismos a los que consideran derecha, se enredan en tales acusaciones dando la sensación de que por algún motivo, no desearan el triunfo en las urnas del único Partido que hubiera podido dar un vuelco a la situación, teóricamente no deseada, de que los españoles padeciéramos otros cuatro años de «sanchismo», y le retiran su confianza.

Yo no soy del Partido Popular, hace ya muchos años que no me he sentido cómodo en ningún otro, pero tengo un gran respeto por los millones de españoles que le han votado. Unos lo habrán hecho con entusiasmo, otros con menos entusiasmo y otros con ninguno, incluso a regañadientes o tapándose las narices, pero lo han hecho porque han comprendido que la única forma de librarnos del actual gobierno, pasaba por votar al único Partido que podía conseguirlo y que en último caso, por muy poco fiable que les pareciera Feijóo, y no estando de acuerdo con sus piruetas incluso coqueteos con el PSOE y sus reticencias con Vox, siempre sería preferible a Sánchez. Justificando su voto, diciendo que les bastaba con que cumpliera con lo prometido de derogar unas cuantas Leyes (Cosa que empieza ya anunciando en las autonomías a su favor), y ser inflexible con el separatismo. ¿Posibilismo? ¿Mal menor? Tal vez, pero creo que de ocurrir, hubiera sido mejor que lo que ha salido: Cuatro años más casi seguros de gobierno frankenstein, dieciocho años menos de Vox y media España políticamente desnortada, confusa y con miedo a lo que venga.

Y ahora ¿qué?

Esta es la pregunta que cuando escribo estas líneas a primeros de Agosto, nos hacemos todos los españoles y de muy difícil respuesta porque están abiertas todas las hipótesis. E incluso es muy posible, que incluso se la hagan los propios políticos que se van a disputar el próximo gobierno. Pero hay algo que creo se puede adelantar, incluso yo, que suelo ser lo más optimista posible, y es que tal y como se presenta el



panorama y las dificultades de los dos partidos en liza, no solo para conseguir el poder sino también para hacer frente a los tremendos retos que les esperan en el próximo gobierno, del color que sea, el futuro se presenta muy negro. Y tal vez lo que puede resultar más preocupante de todo, no es tanto que sea el PSOE el que se alce con el poder, que también y es lo más probable, sino el cómo lo ha conseguido Sánchez, y cuál ha sido el precio que ha pagado por él. Porque todo apunta, conociendo al personaje, que no habrá tenido ningún escrúpulo en dejarse buena parte de los pelos en la gatera de la negociación independentista, pelos que por supuesto son los nuestros, los de todos los españoles.

Tensiones en la Iglesia

Desde que Pablo VI iniciara su interpretación de los acuerdos del Vaticano II y empezaran los cambios de formas y de ritos, no se había notado tanto este revuelo y preocupación en la Iglesia como ahora, con motivo de los preparativos que se están ultimando del Sínodo sinodial. *Caminamos juntos*. Es decir, de los obispos reunidos junto a un grupo de expertos en diferentes materias, que se celebrará el próximo octubre y en el que parece se van a estudiar y debatir, sin ningún tipo de restricciones ni tabúes, todos los problemas que preocupan a la Iglesia en estos momentos, como la figura del matrimonio como vocación tradicional, otras situaciones de pareja estable, educación sexual, formación de los sacerdotes sobre estos temas, presencia de la mujer en la Iglesia y un nuevo lenguaje para tratar estos temas, y aunque no se trata expresamente, supongo que también, el problema del polémico acuerdo de la Conferencia Episcopal alemana con sus seguidores y detractores, y otros varios que se vienen arrastrando desde hace años sin resolverse.

Por lo que a mí respecta bienvenidos sean todos los debates, el escuchar las distintas opiniones de unos y de otros, si con ello los católicos de base aclaramos también muchas dudas y se nos da respuesta a muchas preguntas e interrogantes. Todo ello, si como parece, por lo que nos van hablando y avanzando propósitos y opiniones de altos dignatarios de la curia, se pretende que el objeto del mismo es el de debatir en libertad todos esos temas y aunar todas las opiniones en un comunicado final lo más cercano posible a la palabra de Dios, y ofrecérselo al Papa como texto orientativo.

Pero tan loables intenciones creo que merecen tres o cuatro puntualizaciones para salir al paso de algunas falsas interpretaciones que puedan crear alguna confusión y desorientarnos.

En primer lugar que un Sínodo (que por cierto también son idea de Pablo VI para mejor conocimiento de las distintas opiniones de los obispos) no es un documento vaticano de obligado cumplimiento, es decir, no es vinculante. Es un *instrumentis laboralis*, de análisis de problemas y de posibles soluciones, con el resultado final de un texto que no debe señalar diferencias que puedan suponer o aparentar, el triunfo de unas opiniones sobre otras.

Pero dicho esto, y aprovechando que parece que soplan vientos democráticos en el Vaticano y a pesar de no dudar, faltaría más, de los buenos propósitos de los obispos ni de los elegidos colaboradores tanto masculinos como femeninos de este Sínodo, ante la posibilidad de la tentación de alguno de sus miembros de dar ese carácter vinculante al texto resultante, e incluso la posibilidad también de que el mismo Papa, si así lo considerara, le diera algún respaldo expreso, y aunque naturalmente yo no he sido elegido ni invitado al Sínodo, sí que soy miembro de base de la Iglesia, ya que Iglesia somos todos y formamos parte del Pueblo de Dios, me permito, aunque sin esperanza alguna de que nadie me haga caso, el sugerir que sería bueno y muy de agradecer, que a ese documento final tuviéramos acceso en tiempo y forma todos los católicos que estuviéramos interesados en él, a través por ejemplo de las parroquias, conventos, asociaciones religiosas, etc., de tal forma que pudiéramos opinar sobre él, y nuestros obispos y especialmente el Papa, tuviera mucha mayor información y valorándola, pudiera ser útil para tomar sus decisiones.

Intransigencia

Por último quiero escribir unas líneas sobre un tema intemporal, que no tiene nada que ver expresamente con las elecciones aunque ellas sean un claro exponente de mi reflexión.

Me refiero a esa costumbre tan arraigada y española de considerar que nuestras ideas y opiniones son irrefutables, inapelables y sin posibilidad de discusión.

Sobre el asunto que sea, político, religioso, deportivo o cualquier otro del que se hable. Y esa intransigencia no es intrascendente ni mucho menos, porque en muchas ocasiones es motivo de disensiones familiares graves, de pérdida de amigos, e incluso de rechazo social. Eso, si no produce en algunas ocasiones graves hechos de violencias colectivas.

La palabra se nos ha dado para entendernos, no para agraviarnos, ni para intentar aplastarnos unos a otros aunque sea dialécticamente a quienes no piensen como nosotros. Es preferible oír con calma a los intransigentes, escuchar sus argumentos,

darles la razón a quien se considere que la tiene, y así es posible que seamos nosotros los que los convenzamos a ellos de sus excesos de imposición y acaloramiento. Esto en lo político, ha sido siempre la filosofía de nuestro Club Encuentros. Que sin renunciar a nada, hemos sido respetuosos con las opiniones ajenas y firmes en nuestras convicciones. Y no nos ha ido mal a lo largo de la dilatada experiencia de años. Naturalmente esa actitud de diálogo debe ser recíproca. Y si los intransigentes se mantienen en su postura, al menos por nuestra parte se habrá intentado.

Hay dos tipos de intransigentes: aquellos que vienen de frente, y se expresan clara y rotundamente, en público o en privado, convencidos de que tienen toda la razón sin importarles el que se les tache de ello. Y otros, los más temibles, que envuelven sus argumentos de una forma ambigua en un lenguaje críptico, o con citas cultas, sacadas de contexto, o de personajes lejanos en el tiempo.

Pongo como ejemplo de lo anterior, en el caso de intransigencia política y como un breve flas que no necesita más comentario, un chiste del genial Mingote, de aquellos que equivalían a un editorial, que presentaba a un señor iracundo que golpeando una mesa decía: «Nada de dos Españas, España no hay más que una, ¡La mía!».

Y otro, que merece mayor extensión, la del columnista y escritor Manuel de Prada que suele insultarnos cada mañana a todos los españoles que no compartan sus ideas u opiniones con un recurrente desprecio, calificándonos de ignorantes, basura sistémica, bazofia borreguil que nos gusta hozar en las cochiqueras y otras más burdas, y groseras y que gusta tras sus insultos y desprecios anteriormente citados, escribir a continuación artículos en los que descalifica globalmente a la Transición del 78, la Constitución, o el sistema de partidos, a los que señala como culpables de todos nuestros males. Que es algo perfectamente legítimo y que puede ser compartido por otros muchos españoles, pero sin que nunca se sepa cuál hubiera sido su preferencia de sustitución del régimen anterior, ni la forma en que los españoles pudieran expresar sus ideas y sus opiniones, o el sistema de representación para poder articular un gobierno viable etc.

Para él todos los políticos, absolutamente todos, y los que les votamos o apoyamos, y especialmente desde los medios de comunicación, estamos corrompidos o servimos intereses y designios de fuerzas ocultas, menos él naturalmente.

A la vista de todo esto, y aunque no se pueden generalizar estos comportamientos, lo cierto es que en mayor o menor medida individualmente y colectivamente en manifestaciones afloran gritos cainitas y de odio, realmente preocupantes. Preocupación que también comparte Pérez Reverte con palabras que hago mías: «*Me pregunto de donde nos viene esta vileza. Esa ansia de ver al adversario no vencido o convencido, sino exterminado*». ●

CONFUSAS INTERPRETACIONES

LUIS BUCETA FACORRO

Catedrático. Universidad Complutense de Madrid y de la Pontificia de Salamanca

En el pasado Octubre se ha cumplido el 60 aniversario de la solemne apertura del Concilio Vaticano II, con diversos comentarios en el ámbito religioso, entre ellos en el semanal *Alfa y Omega* del 13 al 19 de Octubre del 2022. Al lado de una fotografía de una sesión del Concilio, presidida por Pablo VI, me llamó la atención positivamente su encabezamiento: «De los Mayores Acontecimientos de la Iglesia», seguido de un subtítulo en el que se señala que el –«Concilio Vaticano II comparte cumpleaños con uno de sus frutos más importantes, según San Juan Pablo II: El Catecismo de la Iglesia Católica, al que se refirió como muestra de la sinfonía de la Fe»–. Efectivamente, que un fruto del Concilio haya compartido fecha de aparición «11 de Octubre» con el mayor acontecimiento de la Iglesia me pareció una positiva coincidencia. Sin embargo, al seguir leyendo, después de repetir lo del mayor acontecimiento de la Iglesia leo: «¿Se refería San Juan Pablo II con estas palabras de Diciembre de 1992 al Concilio Vaticano II? Podría ser, que fue punto de reflexión constante de su Pontificado. Pero en realidad aludía a la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica». En todo ese amplio artículo, la autora María Martínez López, se dedica a hablar del catecismo y de los catecismos, orillando el Concilio Vaticano II.

La página principal del semanario, la 20, remata con un apunte de Manuel María Ruiz, Delegado Episcopal de Catequesis de la Archidiócesis de Madrid, titulado «Tres Décadas del Catecismo», que prefiero no comentar, ya que, corrobora que «de los mayores acontecimientos de la Iglesia, en los sesenta años del Vaticano II, es el Catecismo de la Iglesia Católica», que cumple sus primeros treinta años que supera al del Vaticano II. En honor a la verdad, en la página siguiente 21, se publica un artículo de Gabriel Richi Alberti, Decano de Teología de la Universidad San Dámaso titulado «A los Sesenta Años del Inicio del Concilio Vaticano II», en el que hace un análisis de dicho Concilio. Sin menospreciar el Catecismo sostengo y afirmo que el mayor acontecimiento de la Iglesia Católica en el siglo xx ha sido el Concilio Vaticano II, aunque sus efectos y objetivos de largo recorrido, no terminan de ser asumidos de una parte significativa del mundo clerical español. Sólo el discurso de su Santidad Juan XXIII en su apertura, constituye una llamada luminosa para la Iglesia, todos los que pertenecemos a ella y todas las personas de buena voluntad, por lo que creo conveniente glosar este discurso que constituye un punto de partida del Papa que concibió y puso en marcha el Vaticano II.

Lo inicia, Juan XXIII presentando el significado de los Concilios Ecuménicos en la Iglesia, que conducen a «una universal irradiación de la verdad», indicando el origen y causa del Vaticano II, que fue un toque inesperado, un rayo de luz de lo alto, que brotó en nuestro corazón y en nuestros labios la simple palabra «Concilio Ecuménico», con la firme esperanza de que «iluminada la Iglesia por la luz de este Concilio crecerá en

espirituales riquezas y, al sacar de ellas fuerza para nuevas energías, mirará intrépida a lo futuro». Respecto a la oportunidad de su celebración señala: «Que en el cotidiano ejercicio de nuestro ministerio pastoral llegan, a veces, a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de algunas personas que, aún en su celo ardiente, carecen de sentido de la discreción y de la medida. Ellas no ven en los tiempos modernos si no prevaricación y ruina; van diciendo que nuestra época, comparada con las pasadas, ha ido empeorando; y se comportan como si nada hubieran aprendido de la historia, que sigue siendo maestra de la vida, y como si en tiempo de los precedentes Concilios Ecuménicos todo hubiese procedido con un triunfo absoluto de la doctrina y de la vida cristiana, y de la justa libertad de la Iglesia. Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente. En el presente momentos histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aún las humanas adversidades, aquella lo dispone para mayor bien de la Iglesia. Fácil es descubrir esta realidad cuando se considera atentamente el mundo moderno, tan ocupado en la política y en las disputas de orden económico que ya no encuentra tiempo para atender a las cuestiones del orden espiritual, de las que se ocupa el magisterio de la Santa Iglesia».

Si bien no puede aprobar esta forma de obrar, las nuevas condiciones de la vida moderna tienen la «ventaja de haber hecho desaparecer todos aquellos y innumerables obstáculos, con que en otros tiempos los hijos del mundo impedían la libre acción de la Iglesia», ya que, frecuentemente, los Concilios Ecuménicos se han celebrado con «gravísimas dificultades y amarguras por la indebida injerencia de los poderes civiles», no sin daño y peligro espiritual al prevalecer cálculos de actuación política interesada y peligrosa. Ahora, la Iglesia libre finalmente de tantas trabas de orden profano, tan presentes en otros tiempos, puede hacer sentir su voz.

El objetivo del Concilio es la defensa y revalorización de la verdad y que el sagrado propósito de la doctrina cristiana sea «custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz». Nos recuerda que esta doctrina comprende al hombre entero compuesto de alma y cuerpo, que peregrinando sobre esta tierra se dirige hacia la patria celestial, consiguiendo el fin establecido por Dios. Este tender hacia la consecución de los bienes celestiales es un deber de todos los hombres individual y socialmente. Pero advierte que «para que tal doctrina alcance a las múltiples estructuras de la actividad humana, que atañen a los individuos, a las familias y a la vida social, ante todo es necesario que la Iglesia no se aparte del sacro patrimonio de la verdad, recibido de los padres; pero al mismo tiempo, deben mirar a lo presente, a las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo actual, que han abierto nuevos caminos para el apostolado católico». Advierte que, precisamente, la Iglesia no ha permanecido indiferente ante el admirable progreso de los descubrimientos del ingenio humano con justa estimación, aunque no deja de amonestar a los hombres para que por «encima de las cosas sensibles, vuelvan sus ojos a Dios, fuente de toda sabiduría y de toda belleza [...] no sea que suceda que la fascinadora atracción de las cosas visibles impida el verdadero progreso».

Hay que transmitir pura e íntegra, sin atenuaciones ni deformaciones, la doctrina que durante veinte siglos, se ha convertido en patrimonio de la humanidad, que cons-

tituye una riqueza abierta a todos los hombres de buena voluntad, dedicándonos con diligencia y sin temor a la labor que exige nuestro tiempo. «La tarea principal de este Concilio no es, por lo tanto, la discusión de este o aquel tema de la doctrina fundamental de la Iglesia, repitiendo precisamente la enseñanza de los Padres y Teólogos antiguos y modernos [...] Para eso no era necesario un Concilio [...] El espíritu cristiano y católico del mundo entero espera que se dé un paso adelante hacia una penetración doctrinal y una formación de las conciencias que estén en correspondencia más perfecta con la fidelidad a la autentica doctrina, estudiando esta y exponiéndola a través de las formas de investigación y de las fórmulas literarias del pensamiento moderno. Una cosa es la sustancia de la antigua doctrina, del *“depositum fidei”*, y otra la manera de formular su expresión; y de ello ha de tenerse gran cuenta –con paciencia, si necesario fuese– ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter predominantemente pastoral».



Son variadas y continuas las opiniones y debates de los hombres y con ellas los errores que al final de desvanecen, pero es evidente que la verdad de Dios permanece para siempre. Continuamente la Iglesia se opuso a los errores pero en cuanto a su represión nos señala que «frecuentemente los condenó con la mayor severidad. En nuestro tiempo, sin embargo, prefiere usar la medicina de la misericordia más que la severidad. Ella quiere venir al encuentro de las necesidades actuales, mostrando la validez de su doctrina, más bien, que renovando condenas. No es que falten doctrinas falaces, opiniones y conceptos peligrosos que precisa prevenir y disipar [...] singularmente aquellas costumbres de vida que desprecian a Dios y a su ley, la excesiva confianza en los progresos de la técnica, el bienestar fundado efusivamente sobre las comodidades de vida». Se presenta optimista al manifestar que los hombres por si solos están propensos al rechazo de esas doctrinas y «cada día se convencen más de que la dignidad de la persona humana, así como su perfección y las consiguientes obligaciones es asunto de suma importancia. Lo que mayor importancia tiene es la

experiencia que le ha enseñado como la violencia causada a otros, el poder de las armas y el predominio político, de nada sirven para una feliz solución de los graves problemas que les afligen».

En evidente referencia a la incuestionable búsqueda de un bienestar que satisfaga las necesidades materiales de las personas, advierte que «la Iglesia no ofrece riquezas caducas a los hombres de hoy, ni les promete una felicidad solo terrenal; los hace participantes de la gracia divina que elevando a los hombres a la dignidad de hijos de Dios, se convierte en poderosísima tutela y ayuda para una vida más humana». Debe promoverse la unidad de la familia cristiana y humana, pues la Iglesia al promover y defender la verdad según el designio de Dios «que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad», pretende ayudar a los hombres, con la doctrina renovada a conseguir una completa y firme unidad de acción que, desgraciadamente la familia humana no ha conseguido esta unidad en la verdad. Después de manifestar la importancia de la unidad de los católicos entre sí, del acercamiento a los demás grupos cristianos y el respeto hacia quienes siguen religiones todavía no cristianas, manifiesta su dolor al considerar que la mayor parte del género humano –a pesar de que los hombres todos han sido redimidos por la Sangre de Cristo– no participan aún de esa fuente de gracia divina que se hallan en la Iglesia Católica. Como conclusión iluminante presenta el concilio que comienza como «un día prometedor de luz resplandeciente. Apenas si es la aurora». Con su imploración al cielo, al Dios omnipotente, a María y a Jesucristo «espera lograr que el común trabajo responda a las actuales aspiraciones y necesidades de los diversos pueblos».

Este discurso de Juan XXIII en la solemne apertura del Concilio Vaticano II, del 11 de Octubre de 1962, que considero lleno de significadas orientaciones sobre la Iglesia y el mundo de hoy, de las actitudes precisas para iluminar la vida de las personas con esperanza y alegría y observaciones certeras sobre los comportamientos pesimistas de sectores de clérigos y creyentes, exige una atenta lectura y profunda meditación. Por ello, no puede dejar de extrañarme que la edición oficial promovida por la Conferencia Episcopal Española sobre el «Concilio Ecuménico Vaticano II, constituciones, decretos y declaraciones» editada por la biblioteca de autores cristianos (BAC), Madrid 2007, en una realización encomendada a la cátedra Concilio Vaticano II del Centro Superior de Estudios de San Dámaso de Madrid, fundada por Monseñor Ángel Suquía y dirigida por Monseñor Ricardo Blázquez, tal como textualmente se escribe, no publica este el texto de este discurso del Papa Juan XXIII en la apertura del Concilio. En honor a la verdad la obra contiene una corta presentación del cardenal Suquía y una introducción general de unas veinticinco páginas, de Mon. Ricardo Blázquez, en el que exponen sus puntos de vista sobre el Concilio y su significado.

Realmente, el Vaticano II fue un gran acontecimiento para la cristiandad y para muchos sectores de no creyentes, así como para otros constituyó un elemento de preocupación y de presión que interferían sus aspiraciones a un nuevo orden mundial, construyendo toda la «estructura de la vida humana, la sociedad y la humanidad al margen de Dios, de la Iglesia, de Cristo, de la revelación, basado única y exclusivamente en la razón humana, la sensorialidad, la codicia y la arrogancia», según señaló el obispo de Diamantina, en Brasil, Geraldo de Provenza. (Citado en *Benedicto XVI* de Peeter Seewald, p. 376). La esperanza de unos abundantes frutos para la comprensión de la Iglesia y su difusión y aceptación en el mundo moderno fue muy grande y estuvo

presente en todos los ámbitos culturales y religiosos. La esperanza del propio Juan XXIII mostrada en su discurso inaugural, de la trasmisión de la tradición del depósito de la doctrina cristiana para que «los hombres, las familias, los pueblos vuelvan realmente su espíritu hacia las cosas celestiales», con la ilusión que para ello, la Iglesia «debe mirar al presente, a las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo actual, que han abierto nuevos caminos para el apostolado católico». Como más adelante, en 2013, Benedicto XVI dijo que en aquellos momentos previos al comienzo del concilio «había una expectativa increíble. Esperábamos que todo se renovase, que llegaría verdaderamente un nuevo Pentecostés, una nueva época de la Iglesia» (Seewald, P, 2020; 404).

Aunque esa expectativa era la tónica del ambiente clerical, la realidad se presentó de forma muy diferente y aunque la Iglesia trató de abrir sus puertas al mundo, éste lejos de acudir a esta apertura, más bien ha aumentado su indiferencia y hostigamiento y, dentro de los mismo creyentes se produce un cambio de actitud, de forma que los bautizos, las bodas, la asistencia a la Misa dominical disminuye dramáticamente y las confesiones se convirtieron en algo excepcional. En cierta manera hay una ruptura ente el espacio clerical y el de los fieles creyentes. En este sentido, Ratzinger, inquieto profundamente por «el cambio cada vez más notorio en el ambiente de la Iglesia», pues si bien se había afianzado la libertad en la teología que es uno de los sucesos del Vaticano II, se percibían el destacado papel que los teólogos habían asumido, pero, paralelamente, se percibía la idea de una especie de soberanía popular en la Iglesia, «lo cual suponía que el pueblo decide por sí mismo lo que ha de entender por Iglesia», lo que denotaba que el cristianismo europeo se dirigía hacia una posición radicalmente minoritaria. Personalmente no creo que el pueblo trate de decidir lo que ha de entenderse por Iglesia, pero sí que cómo ésta no afronta los problemas reales, vitales y concretos de las personas creyentes, éstas buscan soluciones por sí mismas, aunque algunas puedan terminar en frialdad e indiferencia hacia las fórmulas sacramentales al uso. Hay quejas, hay desasosiego, hay intranquilidad entre los fieles, de forma que en vez de ser su cristianismo fuente de esperanza y alegría les proporciona incertidumbre e incomprensión. En el análisis de José Jiménez Lozano, en su obra *La Ronquera de Fray Luis y otras Inquisiciones*, (Destino, 1973), afirma: «El Vaticano II, y como consecuencia de esa especie de magia personal del Pontífice Juan XXIII, había logrado por unos instantes, que historia profana e Iglesia convergieran y que el mundo volviera a mirar a la Iglesia con alguna esperanza, pero luego hemos vuelto al clásico divorcio entre Iglesia y mundo» (Jiménez Lozano, J. 1973; 206).

El Concilio en su día y ahora los Sínodos ¿de qué hablan? Casi exclusivamente de problemas internos de la Iglesia: La liturgia, la divina revelación, la función pastoral de los obispos, del ministerio y vida de los presbíteros, de la formación sacerdotal, la renovación de la vida religiosa, el apostolado de los laicos, la actividad misionera, el ecumenismo, las otras iglesias cristianas, la libertad religiosa, la educación cristiana, los medios de comunicación y siempre expresa o tácitamente los permanentes temas del celibato, la ordenación de las mujeres, etc. También afrontan problemas sociales como en la magnífica *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, hablando de lo macro humano y social pero no de las preguntas y los problemas de las personas concretas, respecto a lo cual hay un silencio o se contestan con evasivas de acompañamiento o con algo que nada tiene que ver con la pregunta. Jiménez Lozano se muestra

perplejo ante el celibato siempre presente y considera «lamentable que una cuestión como esta del celibato haya dado la impresión de ser como la columna de la Iglesia» (Jiménez Lozano, J. 1973; 206).

El propio Ratzinger, preocupado por los caminos de huida o las tergiversaciones de postconcilio, después de señalar que «un profano en la materia no podría reconocer lo decisivamente nuevo en los documentos conciliares», al hablar del buen trabajo, en libertad de los teólogos, más adelante, en 1970, afirma que «desde una perspectiva eclesial objetiva, resulta correcto que las personas se muestren cada vez indiferentes ante la laboriosidad del aparato eclesial empeñado en hablar de sí mismo. Al fin y al cabo, los fieles no quieren que se les explique una y otra vez de qué forma los obispos, sacerdotes y laicos contratados armonizan sus ministerios, si no que quieren saber que espera y que no espera Dios de ellos en la vida y en la muerte» (Ratzinger, J. Citado en Seewald, *P. Banedicto XVI*, Mensajero, 2020; 575). Insisto en que hay que profundizar en los problemas que abruman a las personas concretas, les llenan de dudas y les hacen vivir en permanente incertidumbre, desasosiego y lo que es peor, con indiferencia. La Iglesias, como en otras ocasiones he indicado, entiendo que no tiene que cambiar fórmulas o formas vigentes, pero ante la realidad actual, ante el cacareado «signo de los tiempo», junto a los existentes, ha de abrir nuevos caminos que puedan convivir juntos. Sin embargo, parece que ante esta necesidad ha optado por la marginación ante la cultura y la ciencia actuales. En una entrevista (*Correo de la Sera*, 1-IX 2012), el Cardenal Martini respondió ante una de las preguntas: «La



Iglesia ha quedado doscientos años atrás» y por las mismas fechas el Arzobispo de Tegucigalpa Rodríguez Mardíaga afirmaba que «hemos dejado de hablar el lenguaje del mundo actual. Cada vez menos gente nos entiende. Por eso pocos nos escuchan». Por su parte los africanos, sobre la necesidad de una inculturación entienden que hay que acoplar la religiosidad a la realidad social y así el obispo Ndongmo de Camerún señal: «La Iglesia no puede llevar a los hombres al cielo como si la tierra no existiera [...] si Dios se encarnó para salvarnos, no podemos admitir el divorcio entre nuestra vida religiosa y nuestra vida real de cada día. Claro es, también, que hay quien no quiere ver esta realidad».

Precisamente, en nuestro ámbito, no ha prevalecido el libre pensamiento y una cerrada ortodoxia ha impedido el camino del análisis y la reflexión. Desde el Vaticano II, a pesar de su espíritu no se han dado los necesarios pasos hacia el creyente y no creyente, pues la redención de Cristo ha sido para todos y no «para muchos», como, considero desviadamente, se dice hoy en la Iglesia española. Hay una resistencia a los cambios vitales, aunque en verdad, lo que ocurre con las innovaciones es que lo que tienen de incitante para unos, lo tienen de inquietante para otros. Ante el panorama planteado hoy a la Iglesia Católica, prácticamente en retroceso y su vida en la indiferencia y la incomprensión de las gentes, hay que actuar, y no simplemente lamentar y achacar la situación a causas principalmente externas: la pandemia, la secularización, el ambiente social hedonista e individualista, o las verdades cristianas son ahora incomprensibles, etc.

En una sustanciosa obra titulada *El Elogio de la Conciencia* (Ediciones Palabra 2006), Ratzinger, Benedicto XVI, considera que la conciencia ofrece una de las claves necesarias para las personas, al señalar que «la conciencia se presenta como el baluarte de la libertad, frente a las limitaciones de la existencia impuestas por la autoridad [...] en la controversia se contraponen dos concepciones del catolicismo: En un lado se halla una comprensión renovada de su esencia, que explica la fe cristiana a partir de la libertad y como principio de la libertad; y por otro, un modelo superado, “preconciliar”, que subordina la existencia cristiana a la autoridad, la cual regula por medio de normas hasta los aspectos más íntimos de la vida, intentando así mantener un poder y control sobre los hombres. De este modo, la moral de la conciencia y la moral de la autoridad parecen enfrentarse entre sí como dos modelos incompatibles. La libertad de los cristianos sería puesta a salvo apelando al principio clásico de la tradición moral: La conciencia es la norma suprema, que siempre se ha de seguir, incluso en contra de la autoridad [...] está fuera de discusión que siempre debe seguirse un claro dictamen de la conciencia o que, al menos nunca se puede obrar en su contra. Pero cuestión completamente diferente es que el juicio de la conciencia, o lo que el individuo toma como tal, siempre tenga razón, es decir, sea infalible» (Ratzinger, J. 2010; 9 y 10), de esta forma Benedicto XVI, sale al paso de aquellos que afirmaron que la conciencia es infalible y verdadera siempre.

La conciencia es algo subjetivo de cada persona y no puede ser un criterio cerrado e inamovible. Ha de estar abierta, dispuesta a un responsable cambio. No puede ser un mecanismo exculpatorio si no que debe estar abierta a la verdad como expresión de la libertad, la dignidad y la grandeza específica del ser humano. Lo específico de la persona en cuanto tal no consiste en preguntarse por el «poder», sino por el «deber». Puesto que en situaciones concretas de nuestra vida hemos de tomar decisiones,

dentro del contexto correspondiente, siempre el «yo y mis circunstancias» de Ortega, tengo que actuar conforme y bajo la responsabilidad de mi conciencia.

El profesor José María Abad Buil, en su *Juicio Crítico sobre el Capitalismo* (Cuadernos BAC, 23, Madrid 1979), destaca como el Vaticano II plantea con valentía el concepto y la realidad plena de la libertad, al reflexionar «sobre la gran realidad de que hoy cada vez mayor número de personas reclaman su derecho a decidir y actuar conforme a su conciencia del deber, siguiendo su criterio, responsabilizándose con su libertad sin que nadie los coaccione» (Abad Buil, J.M, 1979; 17), según las exigencias de la dignidad de la persona. Efectivamente, en la declaración *Dignitatis Humanae, sobre la libertad religiosa* se expresa, sin lugar a equívocos, que «los hombres de nuestro tiempo, tienen una conciencia cada vez mayor de la dignidad de la persona humana y crece el número de los que exigen que los hombres actúen según su propio criterio, hagan uso de una libertad responsable, no movidos por coacción, sino guiados por la conciencia del deber». Así mismo, considero muy decisivo para la defensa de la libertad y la conciencia cuando afirma: «Todo lo que este Sínodo Vaticano declara sobre el derecho del hombre a la libertad religiosa tiene su fundamento en la dignidad de la persona». Y desde esta perspectiva coincido plenamente con el profesor Abad Buil cuando entiende y defiende que «el argumento de que la dignidad de la persona exige libertad de conciencia es definitivamente válido también para la libertad de expresión en conciencia de asociación, de enseñanza, de opinión política» (Abad Buil, J.M. 1979; 18).

Personalmente saco como conclusión que la dignidad de la persona constituye el fundamento y punto de partida e irrefutable para afrontar al día de hoy los muchos problemas que a las personas concretas, que según un análisis serio se le pueden presentar hoy y hacia el futuro. En todo el planteamiento realizado hay dos realidades como son la libertad y la conciencia, sobre las que efectivamente han sido proclamadas y defendidas a ultranza en el Vaticano II que ha plasmado y confirmado anteriores planteamientos de los Papas. Ya León XIII mostró un gran respeto a la persona humana, a su libertad y su conciencia sobre la cual señala que el mismo Dios trata con suma reverencia como señala en su *Rerum Novarum*. Desde la dignidad de la persona, la libertad y la conciencia, disponemos de bases firmes para afrontar nuevos caminos sin dañar; antes al contrario enriquecer, el sublime depósito del cristianismo, que debe ir iluminando el andar de las generaciones a través de la historia, con una esperanza de eternidad. ●

EUROPA EN EL CORAZÓN

MANUEL PARRA CELAYA

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía)

1. En obligada alusión a las frases históricas, ya devenidas en tópicos de uso común, me apresuro a descartar aquella de Ortega, «*España es el problema y Europa la solución*», y me reafirmo en otra que parafrasea a Unamuno y que seguramente enojaría a su autor: *Me duele Europa*; y esto lo afirmo desde la conciencia de ser *ciudadano europeo*, condición nunca excluyente a sentirme profundamente español y universalmente hispano.

Europa ya no puede ser la *solución del problema de España*; primero, porque históricamente siempre hemos sido *europeos por decisión* (Julián Marías); segundo, porque estamos encarrilados de hoz y de coz a las actuales estructuras supranacionales europeas, y, tercero y principal, porque *nuestro problema* es compartido, en alguna medida, por el resto de naciones: reencontrar una *razón de ser*, afirmarnos en ella, de este modo, saber interpretar nuestro papel en el mundo actual, si se quiere, un *destino o misión*.

En efecto, España adolece del mismo *morbo* que ha enfermado al resto de los pueblos europeos: olvidar su herencia y no apostar por actualizarla –esto es, en términos aristotélicos, llevarla de *potencia* a *acto*–, para ser, a la vez, *tradicionales* y *modernos*, fieles a unas constantes transmitidas y renovadas día a día. España y Europa entera son cuerpos sin alma, abducidos por gérmenes patológicos ajenos y fuertemente nocivos; ambas existen de nombre, están dotadas de arquitecturas jurídico-políticas, presumiblemente eficaces pero lastradas por esa infiltración extraña.

Las poblaciones europeas, incluyendo la española, sufren la colonización de ideologías exóticas para su ser histórico y se complacen en ello para no ser *diferentes* del marco axiológico impuesto, decretado, propagado, impuesto e, incluso, judicializado. La disidencia se paga con el ostracismo, si es pública, y con la marginalidad en los ámbitos cercanos de convivencia, si es privada. Así, pocos osan manifestarse en contra de ese morbo y, si lo hacen, son rápidamente demonizados dese los poderes públicos o fácticos.

Por otra parte, quienes controlan esa *colonización morbosa* disponen de estrategias para que se pueda consolidar ese rechazo. Una de ellas es la permanente amenaza de los secesionismos, ya sean interiores (en Cataluña y País Vasco, en el caso de España, Escocia, en el Reino Unido, la Liga Norte, en Italia...), ya colectivos (caso del *brexit*); todos ellos responden al común denominador de ser *nacionalismos excluyentes e inso-lidarios*.

Si tristemente hablamos con frecuencia de España como *borrador inseguro*, la misma condición puede emplearse para referirnos a la deseable unidad europea. No, no podemos encontrar en Europa la solución al *problema español* porque ya se han encargado de que se haya convertido en un *problema europeo*.

2. Veamos el primer ingrediente de ese *morbo*, quizás su sustrato: el *individualismo*, que subyace en los principios del Sistema. El individualismo entre los hombres se

corresponde perfectamente con el individualismo entre los pueblos, cuando la formulación ideal sería elevar a los primeros a la condición de *persona* y a los segundos al estatus de *patria*. De este modo, podríamos hablar de un *personalismo* entre los seres humanos (ser-entre-los-demás-seres) y de un personalismo entre los pueblos; el primero viene otorgado por el Derecho y el segundo viene conferido por la Historia. En uno y en otro caso, cada ente se relaciona con los demás, se integra en un conjunto *orgánico* y ordenado de las sociedades, desde la más primaria y esencial, la familia, hasta los Estados Nacionales; estos, a su vez, deben ser los protagonistas de la conjunción europea como *patria de las patrias*.

Cada una de ellas ha realizado en la historia un rol junto o frente a las otras; ahora, cuando parece que las desavenencias se han perdido en el recuerdo, resurgen los *particularismos*, que pueden encontrarse, escalonados, desde una región que reivindica un supremacismo étnico, lingüístico, económico o de fronteras, hasta un Estado que se declara asimismo insolidario de una posible entidad supranacional.

Esos impulsos insolidarios son instigados y promovidos –no lo olvidemos– para *diluir tanto los Estados nacionales como para hacer inviable la construcción de una casa común europea*; es una estrategia de la *Globalización*, entendida como proyecto de un superestado en la sombra, de un poder mundial, sostenida por minorías financieras e ideológicas. Esa estrategia no puede permitirse construcciones *nacionales* sostenidas por la historia y por una cultura común.

La estrategia globalizadora, por otra parte, no actúa solo en y en contra de Europa y de sus Estados, sino que lo hace del mismo modo en otras ecúmenes del mundo; a veces, utilizará motivos religiosos, en otras, impulsos raciales o tribales; no se olvide que el *indigenismo* en tierras americanas no obedece a otra función que a disolver Estados ya constituidos (poco o muy consolidados) y a evitar su integración en un marco común hispánico.

3. El segundo ingrediente de ese *morbo* lo constituyen las diversas *ideologías* que presiden, sin competencia permitida, el frontispicio del *Pensamiento Único*. Poderosos grupos de presión internacionales las sostienen, difunden y divulgan por doquier; forman parte de las agendas de la ONU, de la UE y de la mayoría de los Estados nacionales. Se legisla de acuerdo con estas ideologías y se sanciona la inobediencia y desacato a las mismas. No es ajena a esta poderosa influencia la *Agenda 2030* que con tanta insistencia ha predicado el presidente Sánchez y que no creemos que revisen sus opositores...

Estas ideologías o *bioideologías* van mucho más allá de la política, penetran en los ámbitos de la privacidad y se extienden en los terrenos de la biología, de la antropología y de la ética. Su objetivo no es otro que alterar de raíz la propia naturaleza del ser humano y de su entorno, calificada desdeñosamente de *constructo cultural* que es necesario abatir.

Constituyen bandera del llamado *marxismo cultural*, que ya ha reemplazado al histórico, derrumbado con contadas excepciones. Obsérvese cómo estos planteamientos neomarxistas son acatados por el neoliberalismo occidental, indiscutidos por teóricas posturas conservadoras y mantenidos como *dogmas* por todos los organismos internacionales. Proviene, en su fondo, de las teorías de Gramsci (atacar la *superestructura*) y de la *Escuela de Frankfurt*; han dejado atrás la vetusta lucha de cla-

ses, reemplazada por sucedáneos, alguno de ellos denominado pomposamente como *defensa de las minorías*.

El primer sucedáneo es la dialéctica *hombre-naturaleza*, donde tienen cabida todas las teorías científicas sobre el *cambio climático* y la *culpabilidad absoluta del ser humano* en la destrucción del Planeta; algunos de sus teóricos proponen el *decrecimiento* como solución, consigna de inequívoca factura globalizadora.

El segundo sucedáneo es el *Feminismo radical*, que sustituye la antigua lucha patrono-obrero por la de varón-mujer; la desvalorización de ambas evidencias naturales viene impuesta por la *ideología LGTBI+* y sus derivaciones, como el movimiento *transgénero*; no se oculta tampoco el trasfondo malthusiano en su propagación, lo que, unido a la embestida contra la familia, sugiere una progresiva y alarmante disminución demográfica, o su *sustitución* –en el caso de Europa– por masas migratorias de dudosa integración que imposibiliten la transmisión y la asunción de una cultura heredada, común a los pueblos europeos.

Se trata de una auténtica ofensiva contra los *valores humanos* presentes en la cultura y la ética europeas, a la que no son ajenas las *butades* del *animalismo* o la prédica constante para asumir criterios determinados de alimentación o de costumbres, tendentes a la transformación del hombre tal como nos reconocemos. Con base en las biotecnologías y en la pseudociencia, no olvidemos tampoco las perspectivas, entre utópicas u siniestras, que sostienen los partidarios del *Transhumanismo* o del *Posthumanismo*, que también son objeto de propaganda intranquilizadora.

4. Llegamos quizás al fondo de la cuestión si entramos en lo que puede ser el *morbo* principal, que sostiene en el fondo toda la parafernalia antieuropea: *la pérdida de vista de la Trascendencia y el silencio casi obsesivo sobre Dios*.

Europa ha ido renegando de haber sido *la Cristiandad*, y solo concede a Dios un papel limitado en lo privado, con constantes ataques a su percepción pública, cuando, en realidad, para el común de los seres humanos, es la búsqueda constante del Absoluto y, para los creyentes, el centro y el sentido de sus vidas.

El origen del descreimiento puede centrarse en el *relativismo* que se consagró con los planteamientos del liberalismo primitivo: el subjetivismo prevalece sobre la existencia de verdades previas, y la *opinión* sobre las verdades previas. La última versión de este relativismo es la prevalencia de la *posverdad*, donde se muestra la equivalencia entre lo falso y lo verdadero, en función de su difusión y de su acatamiento social.

Alguien dijo hace tiempo que la *muerte de Dios* lleva a la *muerte del hombre*, y lo estamos comprobando a diario en una Europa que se ha alejado de cualquier forma de humanismo. En efecto, mal se puede hablar hoy en día de un *humanismo europeo*, cuando se ha dejado huérfano al hombre de su perspectiva trascendente, cuando su *dignidad* no es más que un título jurídico, cuando la libertad es una estricta valoración política y cuando se oculta o se niega su integridad, su composición de alma y cuerpo.

Recuperar las creencias religiosas es condición indispensable para conferir seguridad; poner a Dios como principio y encabezamiento de todo lo demás es indispensable para volver a erigir la imagen del ser humano por encima de supuestas antropologías o falsas éticas. La secularización ha llevado al descreimiento; se han confundido intencionadamente laicismo y laicidad, y ha prevalecido una interpretación materialista de la vida y del mundo.

Loa valores de la libertad y de la justicia se fundamentan en la creencia de la que parece carecer la actual Europa. No es extraño que San Juan Pablo II calificara a Europa de *tierra de misión* y la invitara a *recuperar sus raíces*. Hoy en día, se promueve el diálogo interreligioso y se busca la unión de las iglesias cristianas; bien está, pero ¿serán capaces esas iglesias –empezando por la Católica– de reconstruir las bases axiológicas de Europa sustentadas en Dios?

5. ¿Qué se hizo de aquella *Declaración de París*, de 21 de octubre de 2017 (que transcribió la revista *Altar Mayor* en su número 181)? Reconozco humildemente que, de sus redactores originales, solo conocía los textos de Rémi Brague, pero, de entre los adheridos al manifiesto me conferían especial confianza varios nombres (Dalmacio Negro, Rafael Sánchez Saus, Arnaud Imatz, Ángel David Martín Rubio, García Máiquez...).

Aquella declaración constituía todo un programa de regeneración europea, de rebelión contra el *orden preestablecido e impuesto*, de claro disenso frente a un confuso consenso tácito o expreso, a todas luces perruno, de las instituciones europeas, de sus Estados y de sus poblaciones sumisas. Allí se distinguía claramente entre la «verdadera Europa» y la «falsa Europa».

En uno de sus puntos, se afirmaba sin titubeos que «la tarea de renovación empieza por una reflexión teológica», se abogaba por una «cultura común» y por la «identidad cristiana», y de ahí se derivaba en consideraciones en tono al matrimonio, a la familia, a la libertad y a la *armonía*.

Esta Europa actual –de la que no cabe desertar imprudentemente por desánimo– no es más, hoy en día, que un apéndice de la Globalización, una punta de lanza ideológica de su estrategia; en todo caso, el *destino* europeo actual no es otro que el de que Europa sea ninguneada en el contexto mundial por los *imperios* ya existentes o por los emergentes.

Confío en que sean muchos los europeos que no estén conformes con este estado de cosas; que entiendan que Europa tiene una historia propia, que debe ser asumida en su totalidad, con sus luces y sus sombras, que tiene una cultura común, diversificada en las distintas naciones que la integran, y que, en todo caso, todo descansa en una interpretación religiosa del hombre y de la vida, que constituye el fundamento de un posible *proyecto de vida en común* europeo.

A pesar del panorama que nos suelen presentar ahora, no existe en realidad una antinomia entre Razón y Fe, sino que se precisa –en palabras del cardenal Ratzinger– «una correlación entre ambas», pues «razón y religión están llamadas a depurarse y regenerarse recíprocamente, pues se necesitan mutuamente y debe reconocerlo».

Desde la creencia y la racionalidad, en definitiva, ojalá surja en el futuro una verdadera *conciencia europea*, asumida por todos los pueblos que están inmersos en su cultura. Y podamos sentirnos todos verdaderamente como *ciudadanos europeos*, orgullosos de nuestra tradición compartida y capaces de volver a iluminar el mundo, aunque este deseo pueda ser calificado de *eurocentrista*, apelativo que asumo sin ningún problema. ●

LA DECLARACIÓN DE PARÍS

Una Europa en la que podamos creer

PHILIPPE BÉNÉTON (FRANCE); RÉMI BRAGUE (FRANCE); CHANTAL DELSOL (FRANCE); ROMAN JOCH (ČESKO); LÁNCZI ANDRÁS (MAGYARORSZÁG); RYSZARD LEGUTKO (POLSKA); ROGER SCRUTON (UNITED KINGDOM); ROBERT SPAEMANN (DEUTSCHLAND); BART JAN SPRUYT (NEDERLAND); MATATÍAS STORME (BELGIË)

1. Europa nos pertenece y nosotros pertenecemos a Europa. Estas tierras son nuestro hogar; no tenemos otro. Los motivos por los que amamos a Europa superan nuestra habilidad para explicar o justificar nuestra lealtad. Es cuestión de historias, esperanzas y amores compartidos. Es cuestión de usos y costumbres, de momentos de pathos y penas. Es cuestión de experiencias inspiradoras de reconciliación y de la promesa de un futuro compartido. Los paisajes y los acontecimientos ordinarios están cargados de un significado especial; para nosotros, no para los demás. El hogar es un lugar donde las cosas son familiares y donde somos reconocidos, por muy lejos que hayamos estado. Ésta es la Europa real, nuestra preciosa e irremplazable civilización.

2. Europa es nuestro hogar. Europa, con todas sus riquezas y grandezas, está amenazada por una falsa comprensión de sí misma. Esta falsa Europa se imagina a sí misma como la culminación de nuestra civilización, pero en realidad quiere confiscar nuestro hogar. Recurre a exageraciones y distorsiones de las auténticas virtudes de Europa al tiempo que se mantiene ciega a sus propios vicios. Aceptando con complacencia caricaturas parciales de nuestra historia, esta falsa Europa sufre la hipoteca de un insuperable prejuicio contra el pasado. Sus partidarios son huérfanos por elección y pretenden que ser huérfano, no tener hogar, es un noble logro. De este modo, la falsa Europa se felicita a sí misma como la precursora de una comunidad universal que no es ni universal ni comunidad.

3. Una falsa Europa nos amenaza. Los patrocinadores de la falsa Europa están fascinados por la superstición de un progreso inevitable. Están convencidos de que la Historia está de su lado y esta fe les hace arrogantes y desdeñosos, incapaces de reconocer los defectos del mundo post-nacional y post-cultural que están construyendo. Además, se muestran ignorantes de las verdaderas fuentes de la decencia humana que ellos mismos valoran, al igual que nosotros. Ignoran e incluso repudian las raíces cristianas de Europa. Al mismo tiempo tienen un enorme cuidado de no ofender a los musulmanes, quienes imaginan que adoptarán alegremente su visión secular y multicultural. Inmersos en el prejuicio, la superstición y la ignorancia, y cegados por vanas y orgullosas visiones de un futuro utópico, la falsa Europa reprime conscientemente el disenso. Y todo esto lo hace, por supuesto, en nombre de la libertad y la tolerancia.

4. La falsa Europa es utópica y tiránica. Estamos llegando a un callejón sin salida.

La mayor amenaza para el futuro de Europa no es ni el aventurismo ruso ni la inmigración musulmana. La verdadera Europa está en riesgo por la asfixiante presión que la falsa Europa ejerce sobre nuestras imaginaciones. Nuestras naciones y cultura compartida están siendo vaciadas por ilusiones y autoengaños acerca de lo que Europa es y lo que debería ser. Nosotros prometemos resistir a esta amenaza a nuestro futuro. Defenderemos, sostendremos y lucharemos por la Europa real, la Europa a la que verdaderamente todos pertenecemos.

5. La verdadera Europa espera y anima la participación activa en el proyecto común de la vida política y cultural. El ideal europeo es de solidaridad basada en el asentimiento a un cuerpo de leyes que se aplica a todos pero es limitado en sus demandas. Este asentimiento no siempre ha tomado la forma de la democracia representativa. Pero nuestras tradiciones de lealtad cívica reflejan un asentimiento fundamental a nuestras tradiciones políticas y culturales, cualesquiera que sean sus formas. En el pasado, los europeos lucharon para hacer nuestros sistemas políticos más abiertos a la participación popular y estamos justamente orgullosos de esta historia. Pero incluso cuando realizaban esta tarea, a veces en abierta rebelión, afirmaban con fuerza que, a pesar de sus injusticias y fallos, las tradiciones de los pueblos de este continente son las nuestras. Esta dedicación a la reforma hace de Europa un lugar que busca siempre una mayor justicia. Este espíritu de progreso nace de nuestro amor y lealtad hacia nuestras tierras patrias.

6. La solidaridad y la lealtad cívica animan a la participación activa. El espíritu europeo de unidad nos permite confiar en los otros en la vida pública, incluso cuando nos resultan extraños. Los parques públicos, plazas centrales y amplios bulevares de las ciudades europeas expresan el espíritu político europeo: compartimos nuestra vida común y la res publica. Asumimos que es nuestro deber responsabilizarnos del futuro de nuestras sociedades. No somos sujetos pasivos sometidos a poderes despóticos, ni sagrados ni seculares. Y tampoco estamos prostrados ante fuerzas históricas implacables. Ser europeo es poseer una voluntad política e histórica. Somos los autores de nuestro destino compartido.

7. No somos sujetos pasivos. La verdadera Europa es una comunidad de naciones. Tenemos nuestras lenguas, tradiciones y fronteras. Sin embargo siempre hemos reconocido un parentesco común, incluso cuando hemos estado en desacuerdo o nos hemos enfrentado en guerras. Esta unidad en la diversidad nos parece natural. Y sin embargo es excepcional y preciosa, precisamente porque no es ni natural ni inevitable. La forma política más común de unidad en la diversidad es el imperio, que los reyes guerreros europeos intentaron recrear durante los siglos posteriores a la caída del Imperio Romano. La fascinación de la forma imperial perduró, pero el estado-nación prevaleció como la forma política que une una personalidad con soberanía. De este modo el estado-nación se convirtió en el distintivo de la civilización europea.

8. El estado-nación es una marca distintiva de Europa. Una comunidad nacional se enorgullece de gobernarse a sí misma a su modo, a menudo presume de sus grandes logros nacionales en las artes y las ciencias, y compite con otras naciones, a veces en



El rapto de Europa, Pedro Pablo Rubens (1628-29), Museo del Prado, Madrid

el campo de batalla. Esto ha dañado a Europa, a veces gravemente, pero nunca ha amenazado nuestra unidad cultural. De hecho, ha sucedido justo lo contrario. A medida que los estados-nación de Europa se hacían más sólidos y distintos, una identidad europea compartida se hacía más fuerte. Como consecuencia de la terrible carnicería de las guerras mundiales en la primera mitad del siglo xx, emergimos incluso con una mayor resolución de honrar nuestra herencia compartida. Esto da testimonio de la profundidad y el poder de Europa como una civilización que es cosmopolita de un modo justo. No buscamos la unidad forzada e impuesta del imperio. Por el contrario, el cosmopolitismo europeo reconoce que el amor patriótico y la lealtad cívica se abren a un mundo mayor.

9. No apoyamos una unidad impuesta y forzada. La verdadera Europa ha sido marcada por el cristianismo. El imperio espiritual universal de la Iglesia trajo la unidad cultural a Europa, pero lo hizo sin un imperio político. Esto ha permitido que florezcan lealtades cívicas dentro de una cultura europea compartida. La autonomía de lo que llamamos sociedad civil se convirtió en un rasgo característico de la vida

europaea. Además, el Evangelio cristiano no nos ofrece una ley divina omnicompreensiva, y de este modo la diversidad de las leyes seculares de las naciones puede ser afirmada y defendida sin riesgo para nuestra unidad europea. No es ningún accidente que el declinar de la fe cristiana en Europa haya estado acompañado por renovados esfuerzos para establecer una unidad política, un imperio de dinero y regulaciones, recubierto con sentimientos de universalismo pseudo-religioso, que está siendo construido por la Unión Europea.

10. El cristianismo alienta la unidad cultural. La verdadera Europa afirma la igual dignidad de cada individuo, con independencia de su sexo, clase o raza. Esto también se deriva de nuestras raíces cristianas. Nuestras suaves virtudes proceden de una inconfundible herencia cristiana: justicia, compasión, misericordia, perdón, pacificación, caridad. El cristianismo revolucionó las relaciones entre hombres y mujeres, dando valor al amor y a la fidelidad mutua de un modo sin precedentes. El lazo del matrimonio permite tanto a los hombres como a las mujeres crecer en comunión. La mayoría de los sacrificios que hacemos los realizamos los esposos por el bien del otro cónyuge y el de nuestros hijos. Este espíritu de autodonación es también otra contribución cristiana a la Europa que amamos. Las raíces cristianas alimentan a Europa

11. La verdadera Europa también saca su inspiración de la tradición clásica. Nos reconocemos en la literatura de las antiguas Grecia y Roma. Como europeos, luchamos por la excelencia, el culmen de las virtudes clásicas. En ocasiones, esto nos ha llevado a una violenta competición por la supremacía. Pero en su mejor versión, una aspiración hacia la excelencia, inspira a hombres y mujeres de Europa a crear obras artísticas y musicales de belleza insuperable y a realizar extraordinarios avances en ciencia y tecnología. Las serenas virtudes de los romanos y el orgullo de la participación cívica y el espíritu de indagación filosófica de los griegos nunca han sido olvidados en la Europa real. Este legado es también el nuestro. Las raíces clásicas fomentan la excelencia

12. La verdadera Europa nunca ha sido perfecta. Los partidarios de la falsa Europa no se equivocan cuando abogan por el desarrollo y la reforma, y hay mucho de lo que se ha conseguido desde 1945 y 1989 que debemos estimar y defender. Nuestra vida en común es un proyecto en marcha, no una herencia fosilizada. Pero el futuro de Europa descansa en una renovada lealtad a nuestras mejores tradiciones, no en un espurio universalismo que exige olvido y auto repudio. Europa no empezó con la Ilustración. Nuestro amado hogar no será llevado a su consumación con la Unión Europea. La Europa real es, y siempre será, una comunidad de naciones inicialmente aisladas, a veces fieramente, y sin embargo unidas por un legado espiritual que, unidos, debatimos, desarrollamos, compartimos y amamos.

13. La verdadera Europa está en peligro. Los logros de la soberanía popular, la resistencia al imperio, el cosmopolitismo capaz de amor cívico, el legado cristiano de una vida humana y digna, un compromiso vivo con nuestra herencia clásica... todo esto está desvaneciéndose. A medida que los promotores de la falsa Europa construyen su falsa «cristiandad» de derechos humanos universales, estamos perdiendo nuestro hogar.

14. La falsa Europa se jacta de un compromiso sin precedentes con la libertad humana. Esta libertad, no obstante, es muy parcial. Se presenta como liberación de todas las restricciones: libertad sexual, libertad de expresión, libertad de «ser uno mismo». La generación del 68 contempla estas libertades como preciosas victorias sobre un otrora todopoderoso y opresivo régimen cultural. Se ven a sí mismos como los grandes libertadores, y sus trasgresiones son aclamadas como nobles y morales hazañas por las que el mundo entero debería estar agradecido.

15. Para las generaciones más jóvenes de Europa, sin embargo, la realidad es mucho menos dorada. El hedonismo libertino lleva a menudo al hastío y a una profunda sensación de sinsentido. El vínculo del matrimonio se ha debilitado. En el turbulento mar de la libertad sexual, los deseos profundos de nuestros jóvenes de casarse y formar familias son frecuentemente frustrados. Una libertad que frustra los anhelos más profundos de nuestro corazón se convierte en una maldición. Nuestras sociedades parecen estar cayendo en el individualismo, el aislamiento y la falta de sentido. En vez de libertad, somos condenados a la vacía conformidad de una cultura guiada por el consumo y los medios de comunicación. Es nuestro deber proclamar la verdad: la generación del 68 destruyó pero no construyó. Crearon un vacío que ahora se llena con redes sociales, turismo barato y pornografía.

16. Al mismo tiempo que escuchamos alardes de una libertad sin precedentes, la vida europea está más y más regulada hasta el último detalle. Las normas, a menudo confeccionadas por tecnócratas sin rostro coordinados con poderosos intereses, gobiernan nuestras relaciones laborales, nuestras decisiones empresariales, nuestras calificaciones educativas, nuestros medios de comunicación y entretenimiento. Y ahora Europa busca intensificar las regulaciones existentes sobre la libertad de expresión, una libertad originaria europea, la manifestación de la libertad de conciencia. Los objetivos de estas restricciones no son la obscenidad u otros ataques a la decencia en la vida pública. Por el contrario, las clases gobernantes europeas desean restringir manifiestamente el discurso político. Los líderes políticos que dan voz a las verdades inconvenientes sobre el Islam y la inmigración son arrastrados ante los tribunales. La corrección política impone fuertes tabúes que consideran desafíos al status quo más allá de lo aceptable. La falsa Europa no promueve realmente una cultura de la libertad. Promueve una cultura de homogeneidad de mercado y conformidad políticamente impuesta.

17. La falsa Europa también se jacta de un compromiso con la igualdad sin precedentes. Afirma promover la no discriminación y la inclusión de todas las razas, religiones e identidades. En estos campos se ha hecho un genuino progreso, pero ha arraigado una utópica indiferencia ante la realidad. Durante la pasada generación Europa ha perseguido un gran proyecto de multiculturalismo. Pedir o promover la asimilación de los recién llegados musulmanes a nuestros usos y costumbres, y mucho menos a nuestra religión, ha sido considerado una enorme injusticia. Nuestro compromiso con la igualdad, se nos dice, nos exige que abjuremos de cualquier pretensión de que nuestra cultura sea superior. Paradójicamente, la empresa multicultural europea, que niega las raíces cristianas de Europa, abusa del ideal cristiano de caridad universal de forma

exagerada e insostenible. Requiere de los pueblos europeos un grado de abnegación impropio de la naturaleza humana. Requiere que afirmamos que la colonización real de nuestras patrias y la desaparición de nuestra cultura es el rasgo definitorio de la Europa del siglo XXI, un acto colectivo de auto sacrificio en nombre de una supuesta nueva comunidad global de paz y prosperidad que estaría naciendo.

18. Hay una gran parte de mala fe en este modo de pensar. La mayoría de nuestra clase dirigente asume la superioridad de la cultura europea, que no debe de ser afirmada en público de modo que pueda ofender a los emigrantes. Dada esa superioridad, piensan que la asimilación ocurrirá de modo natural y de forma rápida. En un eco irónico del pensamiento imperialista de la vieja clase dirigente europea, asumen que, de alguna manera, por las leyes de la naturaleza de la historia, «ellos» se convertirán necesariamente en «nosotros», y no conciben que lo contrario pueda ser verdad. Mientras tanto, el multiculturalismo oficial ha sido desplegado como una herramienta terapéutica para gestionar las desafortunadas pero «temporales» tensiones existentes.

19. Hay aún más mala fe y de un tipo más siniestro. Durante la pasada generación, un segmento cada vez mayor de nuestra clase gobernante decidió que sus propios intereses se basan en una globalización acelerada. Quieren levantar instituciones supranacionales que puedan controlar sin los inconvenientes de la soberanía popular. Está cada vez más claro que el «déficit democrático» en la Unión Europea no es meramente un problema técnico que pueda ser remediado mediante ajustes técnicos. Más bien parece que este déficit es un principio fundamental y es defendido con celo. Tanto si busca su legitimación en unas supuestas necesidades económicas como si lo hace en el desarrollo autónomo de los derechos humanos internacionales, los mandarines supranacionales de las instituciones de la UE confiscan la vida política de Europa, respondiendo a todos sus retos con una respuesta tecnocrática: no hay otra alternativa. Ésta es la suave pero crecientemente real tiranía a la que nos enfrentamos.

20. La hubris de la falsa Europa se hace ahora evidente, a pesar de los grandes esfuerzos de sus partidarios por apuntalar sus cómodas ilusiones. Por encima de todo, la falsa Europa se revela más débil de lo que nadie hubiera imaginado. Los entretenimientos populares y el consumo material no alimentan la vida cívica. Privadas de altos ideales y desalentada toda expresión de orgullo patriótico por la ideología multiculturalista, nuestras sociedades tienen ahora dificultades para aglutinar una voluntad de autodefensa. Además, ni una retórica inclusiva ni un sistema económico despersonalizado y dominado por gigantescas corporaciones internacionales conseguirán renovar la confianza cívica y la cohesión social. Tenemos que ser, una vez más, francos: las sociedades europeas se están descomponiendo. Si abrimos los ojos, vemos un uso cada vez mayor del poder del gobierno, la ingeniería social y el adoctrinamiento educativo. No es sólo el terrorismo islámico el que provoca la presencia de soldados armados hasta los dientes en nuestras ciudades. La policía antidisturbios es ahora necesaria para reprimir violentas protestas antisistema e incluso para manejar a multitudes ebrias de aficionados al fútbol. El fanatismo de nuestras lealtades futbolísticas es un signo desesperado de la profunda necesidad humana de solidaridad, una necesidad que de otra manera queda insatisfecha en la falsa Europa.

21. Las clases intelectuales europeas están, lamentablemente, entre los principales partidarios ideológicos de las ideas de la falsa Europa. Sin duda, nuestras universidades son una de las glorias de la civilización europea. Pero donde en el pasado se intentaba transmitir a cada nueva generación la sabiduría de las épocas pasadas, hoy la mayoría en las universidades consideran que un pensamiento crítico es irreconciliable con el pasado. Un faro del espíritu europeo había sido la rigurosa disciplina de honestidad intelectual y objetividad. Pero durante las dos pasadas generaciones, este noble ideal ha cambiado. El ascetismo que una vez buscaba liberar la mente de la tiranía de la opinión dominante se ha convertido en una a menudo complaciente e irreflexiva animosidad contra todo lo que es nuestro. Esta actitud de repudio cultural funciona como una forma barata y fácil de ser «crítico». Durante la última generación ha sido practicada en las aulas y salas de conferencias, convirtiéndose en una doctrina, en un dogma. Y unirse a quienes profesan este credo se considera signo de «ilustración» y de elección espiritual. Como consecuencia, nuestras universidades son ahora activos agentes de la destrucción cultural en curso.



22. Nuestras clases gobernantes están promoviendo los derechos humanos. Trabajan para combatir el cambio climático. Están construyendo una economía de mercado más integrada globalmente y armonizando las políticas fiscales. Están supervisando los movimientos hacia la igualdad de género. ¡Están haciendo tanto por nosotros! ¿Qué importa cuáles sean los mecanismos por los que han ocupado sus puestos? ¿Qué importa si los pueblos europeos son cada vez más escépticos acerca de su generosa ayuda?

23. Ese creciente escepticismo está completamente justificado. Hoy, Europa está dominada por un materialismo vacío que parece incapaz de motivar a los hombres y mujeres a tener hijos y formar familias. Una cultura del rechazo priva a la próxima

generación de sentido de identidad. Algunos de nuestros países tienen regiones en las que los musulmanes viven con una autonomía informal de las leyes locales, como si fueran más bien colonizadores que miembros de nuestras naciones. El individualismo nos aísla a los unos de los otros. La globalización transforma las expectativas de vida de millones de personas. Cuando son criticadas, nuestras clases gobernantes dicen que únicamente están trabajando para adaptarse a lo inevitable. No es posible ningún otro rumbo y es irracional resistirse. Las cosas no pueden ser de otro modo. Los que se oponen son acusados de nostalgia, por lo que se hacen merecedores de condena moral como racistas o fascistas. A medida que las divisiones sociales y la desconfianza civil se hacen más evidentes, la vida pública europea se hace más desagradable, más resentida, y nadie sabe dónde acabará este proceso. No debemos continuar por este camino. Necesitamos librarnos de la tiranía de la falsa Europa. Existe una alternativa.

24. La tarea de renovación empieza con la reflexión teológica. Las pretensiones universalistas y universalizadoras de la falsa Europa revelan que estamos ante una empresa que es un sucedáneo religioso, con sus inflexibles credos y anatemas. Éste es el potente opiáceo que paraliza el cuerpo político europeo. Debemos insistir en que las aspiraciones religiosas tienen su lugar correcto en la esfera de la religión, no en el de la política, y mucho menos en el de la administración burocrática. Para recuperar nuestra voluntad política e histórica es imperativo que re-secularicemos la vida pública europea.

25. Esto requerirá que renunciemos al mendaz lenguaje que escapa de la responsabilidad y alimenta la manipulación ideológica. El discurso de la diversidad, la inclusión y el multiculturalismo está vacío. A menudo, ese lenguaje es empleado como una forma de caracterizar nuestros fracasos como si fueran éxitos: la disolución de la solidaridad social es «en realidad» un signo de acogida, tolerancia e inclusión. Esto es un lenguaje de marketing, un lenguaje destinado a oscurecer la realidad más que a iluminarla. Debemos recuperar un permanente respeto por la realidad. El lenguaje es un instrumento delicado y se corrompe cuando es usado como un arma. Deberíamos ser promotores de la decencia lingüística. El recurso a la denuncia es un signo de la decadencia de nuestro momento presente. No debemos tolerar la intimidación verbal, y mucho menos las amenazas de muerte. Necesitamos proteger a aquellos que hablan razonablemente, incluso si pensamos que sus opiniones son erradas. El futuro de Europa debe ser liberal en su mejor sentido, lo que significa el compromiso con un intenso debate público libre de toda amenaza de violencia y coerción.

26. Romper el hechizo de la falsa Europa y su cruzada utópica y pseudo-religiosa en favor de un mundo sin fronteras significa fomentar un nuevo tipo de política y un nuevo tipo de político. Un buen líder político cuida del bien común de un pueblo particular. Un buen estadista considera nuestra herencia europea común y nuestras tradiciones nacionales particulares como admirables e inspiradoras, pero también como dones frágiles. No rechaza esa herencia ni se arriesga a perderla por ningún sueño utópico. Estos líderes desean los honores otorgados a ellos por su pueblo y no codician la aprobación de la «comunidad internacional», que es de hecho el aparato de relaciones públicas de una oligarquía.

27. Reconociendo el carácter particular de las naciones europeas y su identidad cristiana, no tenemos que mostrar perplejidad ante las falsas pretensiones de los multiculturalistas. La inmigración sin asimilación es colonización y debe ser rechazada. Esperamos legítimamente que aquellos que emigran a nuestras tierras se incorporen a nuestras naciones y adopten nuestra forma de vida. Esta expectativa tiene que ser promovida mediante políticas sensatas. El lenguaje del multiculturalismo ha sido importado desde Estados Unidos. Pero la época de mayor inmigración a América fue a los inicios del siglo xx, un periodo de un notable y rápido crecimiento económico, en un país sin virtualmente estado del bienestar y con un sentido muy intenso de identidad nacional a la que los inmigrantes se esperaba que se asimilasen. Después de admitir a un gran número de inmigrantes, Estados Unidos cerró sus puertas durante casi dos generaciones. Europa necesita aprender de esta experiencia norteamericana más que adoptar las ideologías contemporáneas norteamericanas. Esa experiencia nos dice que el lugar de trabajo es una poderosa maquinaria de asimilación, que un generoso estado del bienestar puede impedir la asimilación y que un liderazgo político prudente exige a veces reducciones en la inmigración, incluso drásticas restricciones. No debemos permitir que una ideología multicultural deforme nuestros juicios políticos sobre cómo servir mejor al bien común, lo que requiere comunidades nacionales con la suficiente unidad y solidaridad para considerar su bien como común.

28. Después de la Segunda Guerra Mundial, en la Europa Occidental surgieron vigorosas democracias. Después del colapso del Imperio Soviético, las naciones centroeuropeas restauraron su vitalidad civil. Estos son algunos de los logros más valiosos de Europa. Pero se perderán si no abordamos la inmigración y el cambio demográfico en nuestras naciones. Sólo los imperios pueden ser multiculturales; la Unión Europea lo será si no logramos consagrar una solidaridad renovada y unidad cívica como criterios para encauzar las políticas de inmigración y las estrategias para su asimilación.

29. Muchos creen erróneamente que Europa está convulsionada sólo por las controversias en torno a la inmigración. En realidad ésta no es más que una dimensión de una mayor confusión social general que debe ser corregida. Tenemos que recuperar la dignidad de las funciones y los papeles dentro de la sociedad. Los padres, los profesores y los catedráticos tienen el deber de formar a aquellos que están bajo su cuidado. Debemos resistir el culto y el dictamen de los expertos en la materia que se impone a costa de la sabiduría, el tacto y la búsqueda de una vida cultivada. No puede haber renovación de Europa sin un decidido rechazo de un igualitarismo exagerado y de la reducción de la sabiduría a conocimiento técnico. Apoyamos los logros políticos de la era moderna. Todo hombre y mujer deben tener igual voto. Los derechos básicos deben de ser protegidos. Pero una sana democracia requiere jerarquías sociales y culturales que animen la búsqueda de la excelencia y honren a aquellos que sirven al bien común. Necesitamos restaurar y honrar adecuadamente un sentido de grandeza espiritual, para que nuestra civilización pueda contrarrestar el creciente poder tanto de la mera riqueza como del vulgar entretenimiento.

30. La dignidad humana es más que el derecho a que nos dejen en paz y las doc-

trinas de los derechos humanos internacionales no agotan las demandas de justicia, y mucho menos las de bien. Europa necesita renovar un consenso sobre la cultura moral de modo que el pueblo pueda ser guiado hacia una vida virtuosa. No debemos permitir que una falsa visión de la libertad impida el uso prudente de la ley para disuadir el vicio. Tenemos que perdonar las debilidades humanas, pero Europa no puede florecer sin la restauración de una aspiración común hacia una conducta recta y hacia la excelencia humana. Una cultura de la dignidad fluye de la decencia y la asunción de los deberes de cada etapa de la vida. Necesitamos renovar el intercambio de respeto entre las clases sociales que caracterizan a una sociedad que valora las contribuciones de todos.

31. Al tiempo que reconocemos los aspectos positivos de la economía de libre mercado, debemos resistir las ideologías que tratan de someterlo todo a la lógica del mercado. No podemos permitir que todo esté en venta. El buen funcionamiento de los mercados requiere el imperio de la ley y nuestras leyes no deberían limitarse a vigilar la mera eficiencia económica. Los mercados también funcionan mejor cuando actúan dentro de instituciones sociales fuertes organizadas desde su propia lógica, por principios que no son de mercado. El crecimiento económico, que es beneficioso, no es el bien más alto. Los mercados necesitan ser orientados hacia fines sociales. Hoy, el gigantismo de las corporaciones amenaza incluso a la soberanía política. Las naciones necesitan cooperar para dominar la arrogancia y la falta de mesura de las fuerzas económicas globales. Apoyamos el uso prudente del poder del gobierno para preservar los bienes sociales no económicos.

32. Creemos que Europa tiene una historia y una cultura que vale la pena mantener. Nuestras universidades, no obstante, traicionan con demasiada frecuencia nuestra herencia cultural. Necesitamos reformar los planes educativos para fomentar la transmisión de nuestra cultura común y evitar el adoctrinamiento de nuestros jóvenes en una cultura del rechazo. Los maestros y preceptores en cada nivel tienen un deber con respecto a la memoria del pasado. Deberían enorgullecerse de su papel como puente entre las generaciones del pasado y las generaciones que vendrán. Debemos también renovar la alta cultura de Europa haciendo que lo sublime y lo bello sea nuestro patrón común y rechazando la degradación de las artes en un tipo de propaganda política. Esto requerirá el cultivo de una nueva generación de mecenas. Las corporaciones y las burocracias han demostrado ser pobres patronos de las artes.

33. El matrimonio es el fundamento de la sociedad civil y la base para la armonía entre hombres y mujeres. Es el vínculo íntimo organizado para sustentar un hogar y criar a los hijos. Afirmamos que nuestros roles más importantes en la sociedad y como seres humanos son los de padres y madres. El matrimonio y los hijos son integrales a cualquier visión del progreso humano. Los hijos requieren sacrificios de aquellos que los traen al mundo. Este sacrificio es noble y debe de ser reconocido. Apoyamos políticas sociales prudentes encaminadas a fomentar y fortalecer el matrimonio, la maternidad y la educación de los hijos. Una sociedad que falla al dar la bienvenida a los niños no tiene futuro.

34. El auge de lo que se ha dado en llamar «populismo» produce hoy día una gran ansiedad en Europa, a pesar de que este término parece no haber sido nunca definido y es usado casi siempre como una invectiva. Tenemos nuestras reservas hacia este fenómeno. Europa necesita recurrir a la profunda sabiduría de sus tradiciones antes que confiar en lemas simplistas y apelaciones emotivas que dividen. Aun así, reconocemos que mucho de lo que hay en este fenómeno político puede representar una sana rebelión contra la tiranía de la falsa Europa, que etiqueta como «antidemocrático» cualquier amenaza a su monopolio sobre la legitimidad moral. El llamado «populismo» desafía la dictadura del status quo, el «fanatismo del centro», y lo hace con razón. Es un signo de que incluso en medio de nuestra degradada y empobrecida cultura política, la voluntad histórica de los pueblos europeos puede renacer.

35. Rechazamos la falsa pretensión de que no hay alternativa responsable a la solidaridad artificial e impersonal de un mercado unificado, una burocracia transnacional y un entretenimiento superficial. El pan y el circo no son suficientes. La alternativa responsable es la verdadera Europa.

36. En este momento, pedimos a todos los europeos que se unan a nosotros en el rechazo de la fantasía utópica de un mundo multicultural sin fronteras. Amamos, y es justo que así sea, nuestras patrias y buscamos entregar a nuestros hijos todo lo noble que hemos recibido como patrimonio nuestro. Como europeos también compartimos una herencia común y esta herencia nos exige vivir juntos en paz como una Europa de las naciones. Renovemos la soberanía nacional y recuperemos la dignidad de una responsabilidad política compartida para el futuro de Europa.

Firmantes

Dalmacio Negro Pavón; Francisco J. Contreras Peláez; Rafael Sánchez Saus; Juan Bautista Fuentes; Elio A. Gallego García; Jerónimo Molina; Seraffín Fanjul; Francisco Javier García Alonso; Macario Valpuesta Bermúdez; Emili Boronat; Ignacio Ibáñez Ferrándiz; Pedro Fernández Barbadillo; Javier Ruíz Portella; Arnaud Imatz; Álex Rosal; Ángel David Martín Rubio; Enrique García Máiquez; Jorge Soley Climent; Jorge Sánchez de Castro; Carlos Ruiz Miguel. ●

LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

JOSEPH RATZINGER

Conferencia pronunciada por el entonces cardenal durante el jubileo de los catequistas y profesores de Religión, celebrado el 10 de diciembre de 2000 en Roma

La vida humana no se realiza por sí misma. Nuestra vida es una cuestión abierta, un proyecto incompleto, que es preciso seguir realizando. La pregunta fundamental de todo hombre es: ¿cómo se lleva a cabo este proyecto de realización del hombre? ¿Cómo se aprende el arte de vivir? ¿Cuál es el camino que lleva a la felicidad?

Evangelizar quiere decir mostrar ese camino, enseñar el arte de vivir. Jesús dice al inicio de su vida pública: he venido para evangelizar a los pobres (cf. *Lc 4, 18*). Esto significa: yo tengo la respuesta a vuestra pregunta fundamental; yo os muestro el camino de la vida, el camino que lleva a la felicidad; más aún, yo soy ese camino. La pobreza más profunda es la incapacidad de alegría, el tedio de la vida considerada absurda y contradictoria. Esta pobreza se halla hoy muy extendida, con formas muy diversas, tanto en las sociedades materialmente ricas como en los países pobres. La incapacidad de alegría supone y produce la incapacidad de amar, produce la envidia, la avaricia... todos los vicios que arruinan la vida de las personas y el mundo. Por eso, hace falta una nueva evangelización. Si se desconoce el arte de vivir, todo lo demás ya no funciona. Pero ese arte no es objeto de la ciencia; sólo lo puede comunicar quien tiene la vida, el que es el Evangelio en persona.

Estructura y método de la nueva evangelización

Estructura

Antes de hablar de los contenidos fundamentales de la nueva evangelización quisiera explicar su estructura y el método adecuado. La Iglesia evangeliza siempre y nunca ha interrumpido el camino de la evangelización. Cada día celebra el misterio eucarístico, administra los sacramentos, anuncia la palabra de vida, la palabra de Dios, y se compromete en favor de la justicia y la caridad. Y esta evangelización produce fruto: da luz y alegría; de el camino de la vida a numerosas personas. Muchos otros viven, a menudo sin saberlo, de la luz y del calor resplandeciente de esta evangelización permanente. Sin embargo, existe un proceso progresivo de descristianización y de pérdida de los valores humanos esenciales, que resulta preocupante. Gran parte de la humanidad de hoy no encuentra en la evangelización permanente de la Iglesia el Evangelio, es decir, la respuesta convincente a la pregunta: ¿cómo vivir?

Por eso buscamos, además de la evangelización permanente, nunca interrumpida y que no se debe interrumpir nunca, una nueva evangelización, capaz de lograr que la escuche ese mundo que no tiene acceso a la evangelización «clásica». Todos necesitan el Evangelio. El Evangelio está destinado a todos y no sólo a un grupo determinado, y por eso debemos buscar nuevos caminos para llevar el Evangelio a todos.

Sin embargo, aquí se oculta también una tentación: la tentación de la impaciencia, la tentación de buscar el gran éxito inmediato, los grandes números. Y este no es el método del reino de Dios. Para el reino de Dios, así como para la evangelización, ins-

trumento y vehículo del reino de Dios, vale siempre la parábola del grano de mostaza (cf. *Mc* 4, 31-32). El reino de Dios vuelve a comenzar siempre bajo este signo. Nueva evangelización no puede querer decir atraer inmediatamente con nuevos métodos, más refinadas, a las grandes mesas que se han alejado de la Iglesia. No; no es esta la promesa de la nueva evangelización. Nueva evangelización significa no contentarse con el hecho de que del grano de mostaza haya crecido el gran árbol de la Iglesia universal, ni pensar que basta el hecho de que en sus ramas pueden anidar aves de todo tipo, sino actuar de nuevo valientemente, con la humildad del granito, dejando que Dios decid cuándo y cómo crecerá (cf. *Mc* 4, 26-29).

Las grandes cosas comienzan siempre con un granito y los movimientos de masas son siempre efímeros. En su visión del proceso de la evolución, Teilhard de Chardin habla del «blanco de los orígenes»: el inicio de las nuevas especies es invisible y está fuera del alcance de la investigación científica. Las fuentes se hallan ocultas; son demasiado pequeñas. En otras palabras, las grandes realidades tienen inicios humildes. Prescindamos ahora de si Teilhard tiene razón, y hasta qué punto, con sus teorías evolucionistas: la ley de los orígenes invisibles refleja una verdad presente precisamente en la acción de Dios en la historia. «No por ser grande te elegí; al contrario, eres el más pequeño de los pueblos; te elegí porque te amo...», dice Dios al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento y así expresa la paradoja fundamental de la historia de la salvación: ciertamente, Dios no cuenta con grandes números; el poder exterior no es el signo de su presencia.

Gran parte de las parábolas de Jesús indican esta estructura de la acción divina y responden así a las preocupaciones de los discípulos, los cuales esperaban del Mesías éxitos y señales muy diferentes: éxitos del tipo que ofrece Satanás al Señor «Te daré todo esto, todos los reinos del mundo...» (cf. *Mt* 4, 9).

Desde luego, san Pablo, al final de su vida, tuvo la impresión de que había llevado el Evangelio hasta los confines de la tierra, pero los cristianos eran pequeñas comunidades dispersas por el mundo, insignificantes según los criterios seculares. En realidad fueron la levadura que penetra en la masa y llevaron en su interior el futuro del mundo (cf. *Mt* 13, 33).

Un antiguo proverbio reza: «Éxito no es un nombre de Dios». La nueva evangelización debe actuar como el grano de mostaza y no ha de pretender que surja inmediatamente el gran árbol. Nosotros vivimos con una excesiva seguridad por el gran árbol que ya existe o sentimos el afán de tener un árbol aún más grande, más vital. En cambio, debemos aceptar el misterio de que la Iglesia es al mismo tiempo un gran árbol y un granito. En la historia de la salvación siempre es simultáneamente Viernes Santo y Domingo de Pascua.

El método

De esta estructura de la nueva evangelización deriva también el método adecuado. Ciertamente, debemos usar de modo razonable los métodos modernos para lograr que se nos escuche; o, mejor, para hacer accesible y comprensible la voz del Señor. No buscamos que se nos escuche a nosotros; no queremos aumentar el poder y la extensión de nuestras instituciones; lo que queremos es servir al bien de las personas y de la humanidad, dando espacio a Aquel que es la Vida.

Esta renuncia al propio yo, ofreciéndolo a Cristo para la salvación de los hombres,

es la condición fundamental del verdadero compromiso en favor del Evangelio: «Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibía; si otro viene en su propio nombre, a ese lo recibiréis» (*Jn* 5, 43).

Lo que distingue al anticristo es el hecho de que habla en su propio nombre. El signo del Hijo es su comunión con el Padre. El Hijo nos introduce en la comunión trinitaria, en el círculo del amor suyo, cuyas personas son «relaciones puras», el acto puro de entregarse y de acogerse. El designio trinitario, visible en el Hijo, que no habla en su nombre, muestra la forma de vida del verdadero evangelizador; más aún, evangelizar no es tanto una forma de hablar; es más bien una forma de vivir: vivir escuchando y ser portavoz del Padre. «No hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga» (*Jn* 16, 13), dice el Señor sobre el Espíritu Santo.

Esta forma cristológica y pneumatológica de la evangelización es al mismo tiempo una forma eclesiológica: el Señor, y el Espíritu construyen la Iglesia, se comunican en la Iglesia. El anuncio de Cristo, el anuncio del reino de Dios, supone la escucha de su voz en la voz de la Iglesia. «No hablar en nombre propio» significa hablar en la misión de la Iglesia.

De esta ley de renuncia al propio yo se siguen consecuencias muy prácticas. Todos los métodos racionales y moralmente aceptables se deben estudiar; es un deber usar estas posibilidades de comunicación. Pero las palabras y todo el arte de la comunicación no pueden ganar a la persona humana hasta la profundidad a la que debe llegar el Evangelio. Hace pocos años leí la biografía de un óptimo sacerdote de nuestro siglo, don Dídimo, párroco de Bassano del Grappa. En sus apuntes se encuentran palabras de oro, fruto de una vida de oración y meditación. A propósito de lo que estamos tratando, dice don Dídimo, por ejemplo: «Jesús predicaba de día y oraba de noche». Con esta breve noticia quería decir: Jesús debía ganar de Dios a sus discípulos.

Eso vale siempre. No podemos ganar nosotros a los hombres. Debemos obtenerlos de Dios para Dios. Todos los métodos son ineficaces si no están fundados en la oración. La palabra del anuncio siempre ha de estar impregnada una intensa vida de oración.

Debemos dar un paso más. Jesús predicaba de día y oraba de noche, pero eso no es todo. Su vida entera, como demuestra de modo muy hermoso el evangelio de san Lucas, fue un camino hacia la cruz, una ascensión hacia Jerusalén. Jesús no redimió el mundo con palabras hermosas, sino con su sufrimiento y su muerte. Su pasión es fuente inagotable de vida para el mundo; la pasión da fuerza a su palabra.

El Señor mismo, extendiendo y ampliando la parábola del grano de mostaza, formuló esta ley de fecundidad en parábola del grano de trigo que cae tierra y muere (cf. *Jn* 12, 24). También esta ley es válida hasta el fin del mundo y, juntamente con el misterio del grano de mostaza, es fundamental para la nueva evangelización. Toda la historia lo demuestra. Sería fácil demostrarlo en la historia del cristianismo. Aquí quisiera recordar solamente el inicio de la evangelización en la vida de san Pablo.

El éxito de su misión no fue fruto de la retórica o de la prudencia pastoral; su fecundidad dependió de su sufrimiento, de su unión a la pasión de Cristo (cf. *1 Cor* 2, 1-5; *2 Cor*, 5, 7; 11; 10 s; 11, 30; *Gal* 4, 12-14). «No se dará otro signo que el signo del profeta Jonás» (*Lc* 1 29), dijo el Señor. El signo de Jonás es Cristo crucificado, son los testigos que completan «lo que falta a la pasión de Cristo» (*Col* 1, 24). En todas las épocas de la historia se han cumplido siempre las palabras de Tertuliano: la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos.

San Agustín dice lo mismo de modo muy hermoso, interpretando el texto de san Juan donde la profecía del martirio de san Pedro y el mandato de apacentar, es decir, la institución de su primado, están íntimamente relacionados (cf. *Jn* 21, 16). San Agustín lo comenta así: «Apacienta mis ovejas, es decir, sufre por mis ovejas» (*Sermón* 32: PL 2, 640). Una madre no puede dar a luz un niño sin sufrir. Todo parto implica sufrimiento, es sufrimiento, y llegar a ser cristiano es un parto. Digámoslo una vez más con palabras del Señor: «El reino de Dios exige violencia» (*Mt* 11, 12; *Lc* 10, 16), pero la violencia de Dios es el sufrimiento, la cruz. No podemos dar vida a otros sin dar nuestra vida. El proceso de renuncia al propio yo, al que me he referido antes, es la forma concreta (expresada de muchas formas diversas) de dar la propia vida. Ya lo dijo el Salvador: «Quien pierda su vida por mi y por el Evangelio, la salvará» (*Mc* 8, 35).

Los contenidos esenciales de la nueva evangelización

Conversión

Por lo que atañe a los contenidos de la nueva evangelización conviene ante todo tener presente que el Antiguo Testamento y el Nuevo son inseparables. El contenido fundamental del Antiguo Testamento está resumido en el mensaje de san Juan Bautista: «Convertíos». No se puede llegar a Jesús sin el Bautista; no es posible llegar a Jesús sin responder a la llamada del Precursor; más aún, Jesús asumió el mensaje de Juan en la síntesis de su propia predicación: «Convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc* 1, 15). La palabra griega para decir «convertirse» significa: cambiar de mentalidad, poner en tela de juicio el propio modo de vivir y el modo común de vivir; dejar entrar a Dios en los criterios de la propia vida, no juzgar ya simplemente según las opiniones corrientes.

Por consiguiente, convertirse significa dejar de vivir como viven todos, dejar de obrar como obran todos, dejar de sentirse justificados en actos dudosos, ambiguos, malos, por el hecho de que los demás hacen lo mismo; comenzar a ver la propia vida con los ojos de Dios; por tanto, tratar de hacer el bien, aunque sea incómodo; no estar pendientes del juicio de la mayoría, de los demás, sino del juicio de Dios. En otras palabras, buscar un nuevo estilo de vida, una vida nueva.

Todo esto no significa moralismo. Quien reduce el cristianismo a la moralidad pierde de vista la esencia del mensaje de Cristo: el don de una nueva amistad, el don de la comunión con Jesús y, por tanto, con Dios. Quien se convierte a Cristo no quiere tener autonomía moral, no pretende construir con sus fuerzas su propia bondad.

«Conversión» (*metánoia*) significa precisamente lo contrario: salir de la autosuficiencia, descubrir y aceptar la propia indigencia, la necesidad de los demás y la necesidad de Dios, de su perdón, de su amistad. La vida sin conversión es autojustificación (yo no soy peor que los demás); la conversión es la humildad de entregarse al amor del Otro, amor que se transforma en medida y criterio de mi propia vida.

Aquí debemos tener presente también el aspecto social de la conversión. Ciertamente, la conversión es ante todo un acto personalísimo, es personalización. Yo renuncio a «vivir como todos»; ya no me siento justificado por el hecho de que todos hacen lo mismo que yo, y encuentro ante Dios mi propio yo, mi responsabilidad personal. Pero la verdadera personalización es siempre también una socialización nueva y más profunda. El yo se abre de nuevo al tú, en toda su profundidad, y así nace un nuevo



Fragmento de la cúpula del Valle de los Caídos. Mosaico de Santiago Padrós

nosotros. Si el estilo de vida común en el mundo implica el peligro de la despersonalización, de vivir no mi propia vida sino la de todos los demás, en la conversión debe realizarse un nuevo nosotros del caminar común con Dios.

Anunciando la conversión debemos ofrecer también una comunidad de vida, un espacio común del nuevo estilo de vida. No se puede evangelizar sólo con palabras. El Evangelio crea vida, crea comunidad de camino. Una conversión puramente individual no tiene consistencia.

El reino de Dios

En la llamada a la conversión está implícito, como su condición fundamental, el anuncio del Dios vivo. El teocentrismo es fundamental en el mensaje de Jesús y debe ser también el núcleo de la nueva evangelización. La palabra clave del anuncio de Jesús es: reino de Dios. Pero reino de Dios no es una cosa, una estructura social o política, una utopía. El reino de Dios es Dios.

Reino de Dios quiere decir: Dios existe, Dios vive, Dios está presente y actúa en el mundo, en nuestra vida, en mi vida. Dios no es una «causa última» lejana. Dios no es el «gran arquitecto» del deísmo, que montó la máquina del mundo y así estaría fuera.

Al contrario, Dios es la realidad más presente y decisiva en cada acto de mi vida, en cada momento de la historia.

En su conferencia de despedida de su cátedra en la universidad de Münster, el teólogo Juan Bautista Metz dijo cosas que nadie se imaginaba oír de sus labios. Antes había enseñado antropocentrismo: el verdadero acontecimiento del cristianismo sería el giro antropológico, la secularización, el descubrimiento de la secularidad del mundo. Luego enseñó teología política, la índole política de la fe; la «memoria peligrosa»; y, finalmente, la teología narrativa.

Después de este camino largo y difícil, hoy nos dice: si verdadero problema de nuestro tiempo es «la crisis de Dios», la ausencia de Dios, disfrazada de religiosidad vacía. La teología debe volver a ser realmente teo-logía, hablar de Dios y con Dios.

Metz tiene razón. Lo «único necesario» (*unum necessarium*) para el hombre es Dios. Todo cambia dependiendo de si Dios existe o no existe. Por desgracia, también nosotros, los cristianos, vivimos a menudo como si Dios no existiera (*si Deus non daretur*). Vivimos según el eslogan: Dios no existe y, si existe, no influye. Por eso, la evangelización ante todo debe hablar de Dios, anunciar al único Dios verdadero: el Creador, el Santificador, el Juez (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*).

También aquí es preciso tener presente el aspecto práctico. No se puede dar a conocer a Dios únicamente con palabras. No se conoce a una persona cuando sólo se tienen de ella referencias de segunda mano. Anunciar a Dios es introducir en la relación con Dios: enseñar a orar. La oración es fe en acto. Y sólo en la experiencia de la vida también la evidencia de su existencia. Por eso son tan importantes las escuelas de oración, las comunidades de oración. Son complementarias la oración personal («en tu propio aposento», solo en la presencia de Dios), la oración común «paralitúrgica» («religiosidad popular») y la oración litúrgica. Sí, la liturgia es ante todo oración: su elemento específico consiste en que su sujeto primario no somos nosotros (como en la oración privada y en la religiosidad popular), sino Dios mismo. La liturgia es *actio divina*, Dios actúa y nosotros respondemos a la acción divina.

Hablar de Dios y hablar con Dios deben ir siempre juntos. El anuncio de Dios lleva a la comunión con Dios en la comunión fraterna, fundada y vivificada por Cristo. Por eso la liturgia (los sacramentos) no es un tema adjunto al de la predicación del Dios vivo, sino la concretización de nuestra relación con Dios.

En este contexto desearía hacer una observación general sobre la cuestión litúrgica. Con frecuencia nuestro modo de celebrar la liturgia es demasiado racionalista. La liturgia se convierte en enseñanza, cuyo criterio es que la entiendan. Eso a menudo tiene como consecuencia la banalización del misterio, el predominio de nuestras palabras, la repetición de una serie de palabras que parecen más inteligibles y más gratas a la gente. Pero esto es un error no sólo teológico, sino también psicológico y pastoral. La ola de esoterismo, la difusión de técnicas asiáticas de distensión y de auto-vaciamiento muestran que en nuestras liturgias falta algo.

Precisamente en el mundo actual necesitamos el silencio, el misterio supraindividual, la belleza. La liturgia no es una invención del sacerdote celebrante o de un grupo de especialistas. La liturgia –el rito– se ha desarrollado en un proceso orgánico a lo largo de los siglos; encierra el fruto de la experiencia de fe de todas las generaciones. Aunque los participantes tal vez no comprendan todas sus fórmulas, perciben su significado profundo, la presencia del misterio, que trasciende todas las palabras.

El celebrante no es el centro de la acción litúrgica; no está delante del pueblo en su nombre propio, no habla de sí y por sí, sino *in persona Christi*. Lo que cuenta no son las cualidades personales del celebrante, sino sólo su fe, en la que se debe reflejar Cristo. «Conviene que él crezca y yo disminuya» (Jn 3, 30).

Jesucristo

Con esta reflexión el tema de Dios ya se ha extendido y concretado en el tema de Jesucristo. Sólo en Cristo y por Cristo el tema de Dios se hace realmente concreto: Cristo es el Emmanuel, el Dios con nosotros, la concretización del «Yo soy», la respuesta al deísmo. Hoy es muy fuerte la tentación de reducir a Jesucristo, el Hijo de Dios, sólo a un Jesús histórico, sólo a un hombre. No se niega necesariamente su divinidad, pero con ciertos métodos se destila de la Biblia un Jesús a nuestra medida, un Jesús posible y comprensible en los parámetros de nuestra historiografía. Pero este «Jesús histórico» es una elaboración, la imagen de sus autores y no la imagen del Dios vivo (cf. 2 Cor 4, 4 s; Col 1, 15). El Cristo de la fe no es un mito. El así llamado «Jesús histórico» es una figura mitológica, inventada por diversos intérpretes. Los doscientos años de historia, del «Jesús histórico» reflejan fielmente la historia de las filosofías y de las ideologías de este periodo.

En los límites de esta conferencia me es imposible tratar los contenidos del anuncio del Salvador. Sólo quisiera aludir brevemente a dos aspectos importantes. El primero es el seguimiento de Cristo. Cristo se presenta como camino de mi vida.

Seguimiento de Cristo no significa imitar al hombre Jesús. Ese intento fracasaría necesariamente; sería un anacronismo. El seguimiento de Cristo tiene una meta mucho más elevada: identificarse con Cristo, es decir, llegar a la unión con Dios. Esa palabra tal vez choque a los oídos del hombre moderno. Pero, en realidad todos tenemos sed de infinito, de una libertad infinita, de una felicidad ilimitada. Toda la historia de las revoluciones de los últimos dos siglos sólo se explica así. La droga sólo se explica así. El hombre no se contenta con soluciones que no lleguen a la divinización. Pero todos los caminos ofrecidos por la «serpiente» (cf. Gn 3, 5), es decir, la sabiduría mundana, fracasan. El único camino es la identificación con Cristo, realizable en la vida sacramental. Seguir a Cristo no es un asunto de moralidad, sino un tema «histórico», un conjunto de acción divina y respuesta nuestra.

Así, en el tema del seguimiento se encuentra presente el otro centro de la cristología, al que quería aludir: el misterio pascual, la cruz y la resurrección.

De ordinario en las reconstrucciones del «Jesús histórico» el tema de la cruz carece de significado. En una interpretación «burguesa» se transforma en un accidente de por sí evitable, sin valor teológico; en una interpretación revolucionaria se convierte en la muerte heroica de un rebelde.

La verdad es muy diferente. La cruz pertenece al misterio divino; es expresión de su amor hasta el extremo (cf. Jn 13, 1). El seguimiento de Cristo es participación en su cruz, unirse a su amor, a la transformación de nuestra vida, que se convierte en nacimiento del hombre nuevo, creado según Dios (cf. Ef 4, 24). Quien omite la cruz, omite la esencia del cristianismo (cf. 1 Cor 2, 2).

La vida eterna

Un último elemento central de toda verdadera evangelización es la vida eterna.

Hoy, en la vida diaria, debemos anunciar con nueva fuerza nuestra fe. Aquí quisiera sólo aludir a un aspecto a menudo descuidado actualmente de la predicación de Jesús: el anuncio del reino de Dios es anuncio del Dios presente, del Dios que nos conoce, que nos escucha; del Dios que entra en la historia para hacer justicia. Por eso, esta predicación es anuncio del juicio, anuncio de nuestra responsabilidad. El hombre no puede hacer o dejar de hacer lo que le apetezca. Será juzgado. Debe rendir cuentas. Esta certeza vale tanto para los poderosos como para los sencillos. Si se respeta, se trazan los límites de todo poder de este mundo. Dios hace justicia, y en definitiva sólo él puede hacerla. Nosotros lograremos hacer justicia en la medida que seamos capaces de vivir en presencia de Dios y de comunicar al mundo la verdad del juicio.

Así el artículo de fe del juicio, su fuerza de formación de las conciencias, es un contenido central del Evangelio y es realmente una buena nueva. Lo es para todos los que sufren por la injusticia del mundo y piden justicia. Así se comprende también la conexión entre el reino de Dios y los «pobres», los que sufren y todos los que viven las bienaventuranzas del sermón de la Montaña. Están protegidos por la certeza del juicio, por la certeza de que hay justicia.

Este es el verdadero contenido del artículo del Credo sobre el juicio, sobre Dios juez: hay justicia. Las injusticias del mundo no son la última palabra de la historia. Hay justicia. Sólo quien no quiera que haya justicia puede oponerse a esta verdad. Si tomamos en serio el juicio y la grave responsabilidad que de él brota para nosotros, comprenderemos bien el otro aspecto de este anuncio, es decir, la redención, el hecho de que Jesús en la cruz asume nuestros pecados; que Dios mismo en la pasión de su Hijo se convierte en abogado de nosotros, pecadores, y así hace posible la penitencia, la esperanza al pecador arrepentido, esperanza expresada de modo admirable en las palabras de san Juan: «Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo» (*Jn* 3, 20). Ante Dios tranquilizaremos nuestra conciencia, independientemente de lo que nos reproche.

La bondad de Dios es infinita, pero no la debemos reducir a un empalago sin verdad. Sólo creyendo en el justo juicio de Dios, sólo teniendo hambre y sed de justicia (cf. *Mt* 5, 6), abrimos nuestro corazón, nuestra vida, a la misericordia divina. No es verdad que la fe en la vida eterna quite importancia a la vida en la tierra. Al contrario, sólo si la medida de nuestra vida es la eternidad, también esta vida en la tierra es grande y su valor inmenso.

Dios no es el rival de nuestra vida, sino el garante de nuestra grandeza. Así volvemos a nuestro punto de partida: Dios. Si consideramos bien el mensaje cristiano, no hablamos de un montón de cosas. El mensaje cristiano es en realidad muy sencillo: hablamos de Dios y del hombre, y así lo decimos todo. ●

HABLEMOS DE LA SOLEDAD

ARTURO PRETEL PRETEL

Médico

La soledad se ha convertido, a estas alturas de la historia, en una de las preocupaciones sociales más prevalentes y puede llegar a ser la pandemia social del siglo XXI. Me atrevería a decir que de las más preocupantes si nos referimos a la soledad no deseada y lo analizamos en dos grupos de población importantes, como son los jóvenes y los ancianos. Es en estos dos importantes segmentos de la población en los que esta variante de la soledad puede tener una repercusión más negativa, tanto desde una perspectiva personal como por su repercusión social, sanitaria y antropológica. El hombre es un ser social por naturaleza, a lo largo de la historia se ha evidenciado la dificultad que supondría su supervivencia solo y aislado. La humanidad ha conseguido sus mayores cotas de progreso fundamentándose en sociedades con conciencia de grupo y con el mutuo apoyo que le prestan sus agrupaciones naturales de convivencia, como son la familia y el pueblo, ciudad o tribu, según culturas, y las entidades nacionales que articulan esta convivencia. No somos nadie solos. Pero podemos sentirnos y estar solos rodeados de gente. Y podemos estar solos, voluntariamente, rodeados de gente. El problema viene cuando esta soledad no es una elección, sino una circunstancia vital que nos provoca una reacción negativa para nuestro bienestar emocional y material.

Hay distintas formas de soledad. El aislamiento es una forma de experiencia humana, está unida a nuestra naturaleza y en cada momento y en cada persona tiene un significado, que puede ser positivo o negativo según el sujeto y las circunstancias que lo rodean. Lo que sí quedan claros son los efectos indeseados de la soledad no deseada. No se debe confundir el hecho de estar solo con el sentimiento de soledad.

A pesar de los cambios que el progreso tecnológico está produciendo en las relaciones humanas y de las distintas formas de relacionarnos que se han gestado en los últimos tiempos, seguimos necesitando el contacto humano, el abrazo, la caricia, el afecto y la cercanía. En definitiva, el calor humano. Si esta relación estrecha se pierde estamos modificando sustancialmente nuestra forma de estar en el mundo, con las repercusiones que ello tiene en la sociedad. La incomunicación genera indefensión, melancolía y tristeza. Y esto se está generalizando. Estamos en un momento de real alarma social y sanitaria por las repercusiones de la soledad no deseada.

También es cierto que la soledad no ha sido siempre un problema, su significado ha variado a lo largo del tiempo y ha dependido mucho de variables como la edad, el sexo, la clase socioeconómica, la raza y, principalmente, la madurez psicológica de la persona. No siempre ha tenido una connotación negativa. Es más, se ha concebido en otros momentos el acto deliberado de «*estar solo*» como una manifestación de espiritualidad, de meditación, de cercanía a Dios y, en otros ámbitos de estar en comunión con la naturaleza. En los 28 años que Robinson Crusoe permaneció en la isla, Defoe, en su novela, no hace ninguna mención a que nuestro naufrago se sintiera solo o experimentara sentimientos negativos de su situación de solitario. En su época (siglos XVII-XVIII), esta forma de estar no era tan problemática. La profesora de Historia Moderna de la Universidad de York (Reino Unido) Fay Bound, ha analizado el concepto de soledad y

sus distintas manifestaciones a través de la historia, así como las distintas formas en que ésta repercute en las personas. El ejemplo de Crusoe se puede extrapolar a la canción de George Moustaki *Ma solitude*, en la que la soledad era su compañera de viaje en sus recorridos por el mundo y hacía que el cantante no se sintiese solo. La soledad como una aflicción social negativa, como un problema generado por las estructuras sociales y de relación, tiene su despegue de manera evidente en el siglo xx. Ya no es solo el aislamiento buscado por el creativo (escritor, pintor) por el místico o por el pastor, sino que es la soledad del desplazado, del abandonado, del marginado, bien sea en función de su condición o de su edad. Y es la soledad del rodeado de ruido y gente en la gran ciudad, del sitiado por una tecnología que presuntamente le conecta con el mundo desde su casa y el aislamiento del que vive solo su vejez en un pueblo que han abandonado los otros y que le han abandonado a él, los hijos, la familia, los vecinos. Es el reflejo de la canción de «Los Beatles» *Eleanor Rigby*, sobre ancianos que viven en soledad:

Ah, mira a todas las personas solitarias.
Eleanor Rigby recoge el arroz en la puerta de la
iglesia donde ha habido una boda.
Vive en un sueño, espera en la ventana.
Con el gesto que guarda en un frasco junto a la puerta.
¿Para quien será?
Todas las personas solitarias
¿De dónde vienen?
Todas las personas solitarias
¿A dónde pertenecen?

La soledad no deseada es un sentimiento doloroso e incómodo que se experimenta y que se refiere a la sensación de estar solo y no tener la compañía o la conexión emocional que se desea. Este tipo de soledad puede surgir por diversas razones, como son la pérdida de un ser querido, la falta de amistades cercanas, la desconexión con la comunidad o el aislamiento social. Esta es la soledad que se acrecienta en nuestra época, es la soledad del desamparo y del abandono.

No es la soledad física, es la soledad que se refleja en la mente, la que nos hace sufrir, la que nos enferma de melancolía y la que establece el círculo de enfermedad y tristeza. Este desamparo está muy relacionado con la salud mental. Hay muchas enfermedades mentales que cursan con sentimientos compatibles con los que genera la soledad no deseada, tales como aislamiento, abandono, desamparo, bloqueo, incomunicación o indefensión.

La angustia de la soledad es un sentimiento profundo de tristeza, ansiedad y desesperanza que surge cuando nos sentimos solos y nos falta la compañía y la empatía de los demás.

La soledad es una experiencia humana común, pero cuando se convierte en una constante y se experimenta de manera intensa, puede afectar negativamente a nuestra salud mental y emocional. Genera pensamientos negativos, sentimientos de abandono y sensación de vacío y desesperanza. También puede provocar una disminución en la autoestima y una tendencia a aislarse aún más.

Es importante destacar que la angustia de la soledad no necesariamente está rela-



cionada con la cantidad de personas con las que nos rodeamos, sino más bien con la calidad de las relaciones que tenemos. Una persona puede sentirse profundamente sola incluso estando rodeada de otras personas si no se siente comprendida o conectada emocionalmente con ellas.

La repercusión social de todo esto es incuestionable. Pero cabe preguntarse qué ha sido lo que nos ha llevado a la situación actual, en la que, según los estudios más serios, sobre el 70% de la población considera que la soledad no deseada es un problema social importante. Estos mismos estudios nos dicen que aproximadamente hay un 15% de la población española que sufre esta situación con datos del *Observatorio Estatal de la soledad no deseada de la Fundación Once*. Uno de los puntos más significativos de este informe es que el sentimiento de soledad es más frecuente en los jóvenes de 16 a 24 años (21,9%) que en otros segmentos de la sociedad, lo que nos habla con claridad del cambio de patrones de comportamiento social y de la magnitud a futuro del problema. Las cifras porcentuales se mantienen estables alrededor del 14% en los siguientes grupos de edades, para aumentar de nuevo de forma significativa a partir de los 75 años, dándose en este grupo más en mujeres que en hombres. Evidentemente, éste no es un fenómeno exclusivamente español, es más, no estamos a la cabeza del problema respecto al resto de países. Hay países que han tenido que tomar medidas más drásticas y de mayor repercusión social, hasta llegar al extremo de Japón, que ha creado un Ministerio que se ocupa en exclusiva de este problema; o el Reino Unido, que le ha dado categoría de Secretaría de Estado. Otro fenómeno a tener en cuenta en este recuento de cifras es la cantidad de hogares en los que vive una sola persona: sobre el 24% ya en España. Ciertamente es que aún estamos lejos de las cifras del Suecia (más del 50%) o de Alemania (sobre el 40%).

Otro dato a considerar es que alrededor del 70% de estos hogares unipersonales están habitados por mujeres. En Japón se reportan casos de ancianos que cometen un delito para ingresar en prisión y huir de la soledad. Como ya hemos visto, los hogares españoles también encogen: en los años 70 eran de media de casi cuatro personas. La disminución de la natalidad, el aumento de divorcios, separaciones y relaciones poco estables y el aumento de la esperanza de vida, entre otros factores mensurables, hacen que las proyecciones del Instituto Nacional de Estadística apunten a que, en 2037, uno de cada tres hogares albergará a alguien solo.

Esta tendencia al aislamiento, a vivir en soledad, muchas de las veces no deseada, es, partiendo de un análisis convencional, un reflejo del cambio de las condiciones de vida y, si lo afrontamos con mayor profundidad, podría estar más relacionado con un cambio de la estructura social, con la desaparición de las estructuras familiares fuertes y la eclosión y consolidación del individualismo como patrón de comportamiento colectivo. Es cierto que la movilidad laboral, los estudios fuera de la ciudad de origen y la emancipación de los hijos del hogar paterno favorecen el aislamiento y los hogares unipersonales. Pero es más cierto que el abandono de los patrones de conducta de la familia tradicional, con sus redes de apoyo y convivencia intergeneracional y la salida por motivos laborales de todos los miembros del núcleo familiar llevan aparejada la falta de tiempo para dedicar al cuidado de mayores y pequeños. Como consecuencia se deben poner estos cuidados en manos de organizaciones estatales o privadas, probablemente eficaces en cuidados materiales pero frías y exentas del calor humano que, sin duda, seres cercanos y dispuestos a ello podrían proporcionarles. Todos estos condicionantes, unidos a un orden social que cada vez favorece más el egoísmo y el hedonismo, eclosiona con la falta de compromiso con los más vulnerables y en la satisfacción inmediata de los deseos, sean estos sofisticados o primarios, y propician unas relaciones humanas a veces efímeras y con un miedo cerval al compromiso y a mirar al futuro. «La revolución neoliberal generó individuos aislados, disminuyó el compromiso con las personas y adelgazó la arquitectura comunitaria» (*El siglo de la soledad* (Ed. Paidós) Noreena Hertz).

Esto se ve reflejado, como ejemplo paradigmático, en la sustitución de los hijos por mascotas o la convivencia y el cuidado *ad absurdum* de animales de compañía, que ya está presente en nuestra sociedad y que adquiere caracteres de triste fenómeno sociológico. Bien se ve de este fenómeno en parejas que no quieren compromisos y «cargas» de descendientes o bien en personas que viven y están solas, dice mucho de lo que está pasando pero, fundamentalmente, de lo que nos depara el futuro si estas tendencias siguen consolidándose. No sabremos qué fue antes, la soledad que propicia estos fenómenos o el adscribirse a estos comportamientos que, tarde o temprano, llevan a la soledad al no propiciar y valorar los lazos de afectividad humana.

Otra derivada de la soledad y más en la sobrenvenida y no querida, es su repercusión en la salud y por tanto en los sistemas sanitarios y de protección social. El consumo de recursos y la tendencia a enfermar, física y psicológicamente, aumenta de manera casi exponencial en las personas solas y si son ancianas en un grado mayor, como es lógico, aumentando el riesgo de mortalidad. La repercusión en la calidad de vida de las personas abarca síntomas y enfermedades tan variadas como: la tendencia a la obesidad y sus trastornos metabólicos asociados, la ansiedad y los trastornos depresivos, determinadas cardiopatías, la demencia y muchos más. Se está barajando incluso la

posibilidad de su repercusión en las enfermedades autoinmunes. Sin olvidar que la tasa de suicidios es mucho mayor en personas que padecen una soledad patológica, en cualquier grupo de edad y de estrato social. Todo ello tensa y estresa el sistema de protección social y sanitario, que puede llegar a colapsarse con más facilidad en el futuro si continúa la tendencia a la mayor demanda e hiperfrecuentación por parte de estos pacientes.

El peso que tiene la pérdida del sentido trascendente de la vida, la esperanza en el Mas Allá, en resumen, de la presencia de la religiosidad en las relaciones humanas, merece también un comentario, por su repercusión en la vivencia de la soledad y lo que condiciona nuevas relaciones humanas. La práctica de la misericordia, el acompañamiento a los que están solos y necesitados, también a los enfermos y a las personas mayores, se está olvidando y marginando en nuestra sociedad en la misma medida que la religión que trasmite esos valores.

Incluso un hecho que pudiera parecer marginal, como es la asistencia en los pueblos a la misa dominical, a las «novenas» o a los «rosarios», que juntaban a la gente, compartían estos eventos y al finalizar se socializaban y estrechaban lazos de amistad, se está perdiendo con la bajada de frecuentación a los actos religiosos unido, en las zonas rurales, a la falta de sacerdotes que oficien estas ceremonias y a la despoblación.

De cualquier manera el hecho más preocupante socialmente relacionado con la soledad no deseada, sabiendo lo importante que es en las personas mayores, es su repercusión e incidencia en los jóvenes. Por lo que ya está sucediendo, me remito a las cifras citadas con anterioridad, pero sobre todo por lo que pueda afectar al futuro de la sociedad y las relaciones humanas. Y aquí de nuevo juegan un papel de gran importancia las nuevas tecnologías y las redes sociales. El exceso de tiempo que se dedica al uso de dispositivos electrónicos y a la conexión a estas plataformas contribuyen al aislamiento. Aunque estas plataformas y herramientas digitales tienen la capacidad de conectar a las personas, también pueden fomentar la comparación constante, la sensación de exclusión y la falta de interacción real y significativa. La falsa sensación de «comunidad», en la que no existe el contacto humano y la vivencia de grupo, tan importante en estas etapas de desarrollo y afianzamiento vital, ejerce una influencia en bastantes ocasiones negativas, que se reflejan en la inseguridad, facilidad para la manipulación y desesperanza de los jóvenes que se ven enredados en ellas. Y cada vez son más.

Además, la falta de actividad, el sedentarismo y el aislamiento en la etapa juvenil puede llevar a una disminución en las oportunidades de socialización. La falta de lugares de encuentro, de asociacionismo y de relación, el exceso de responsabilidad y carga académica y las demandas de la vida cotidiana pueden llegar a crear también un sentimiento de aislamiento y soledad. Estas vivencias en la etapa juvenil puede tener consecuencias negativas para el bienestar emocional y el desarrollo personal. Puede aumentar el estrés, la ansiedad y la depresión, disminuyen al tiempo la autoestima, la seguridad en uno mismo y las habilidades de relación social.

La formación en valores, el potenciar los espacios seguros (asociaciones, clubs, etc.) y el voluntariado, donde interactuar y conectarse, esta vez sí, físicamente, son algunas de las alternativas a ofrecer para desconectar del uso masivo de estas redes sociales en las que circula tanta mercancía averiada. Es necesario promover la educación sobre el uso saludable de la tecnología y fomentar el equilibrio entre la vida



virtual y la vida real. Los jóvenes deben aprender a establecer límites en su tiempo de pantalla y a buscar conexiones humanas significativas fuera del ámbito digital.

Es fundamental crear conciencia sobre la importancia del apoyo emocional y la comunicación abierta entre los jóvenes y sus familias, amigos y maestros. Estos vínculos cercanos pueden brindar un sentido de pertenencia y seguridad emocional, ayudando a prevenir la soledad y el aislamiento. Es importante recordar que la soledad no tiene por qué ser algo negativo, ni en estas edades ni en cualquier otra. Puede ser una oportunidad para el autoconocimiento, la reflexión y el desarrollo personal. A veces, podemos encontrar satisfacción y plenitud en nuestra propia compañía, siempre que lo deseemos y lo busquemos.

Por último no podemos olvidarnos de dos colectivos que padecen con frecuencia las consecuencias negativas de la soledad dadas sus características especiales: las personas con discapacidad física, psíquica o sensorial y los enfermos mentales. Estas condiciones dificultan enormemente el establecimiento de relaciones interpersonales sólidas y en no pocas ocasiones se ven sometidas al rechazo e incluso el acoso inmisericorde individual o colectivo por parte de individuos con escasa o ninguna conciencia social, lo que deriva en su soledad y el aislamiento. Todas las propuestas de ayudas y

posibles soluciones que se proponen en los párrafos siguientes deben redoblar en estos colectivos más vulnerables y debe ser la sociedad en su conjunto la que tome conciencia del bienestar, no solo físico y material sino también psicológico, de un mundo tan vulnerable como el de la discapacidad y el de la enfermedad mental crónica y excluyente.

El compromiso de la sociedad para evitar la pandemia de la soledad no deseada debe ser férreo, inteligente y sensible. Y pasa por potenciar y poner en valor las relaciones humanas sanas y directas y cultivar las virtudes que han adornado tradicionalmente nuestra forma de convivencia.

Hay que educar en la importancia de las relaciones sociales, de las relaciones de familia, de la comunicación intergeneracional. Hay que ayudar a aprender a unos y a que otros y que no olviden los valores de la misericordia y la camaradería. Tenemos que poner en valor los beneficios de la amabilidad, la convivencia sana, la empatía, promover una cultura de apoyo mutuo en la sociedad donde las personas estén dispuestas a ayudar a otros y se sientan cómodas al pedir ayuda cuando lo necesiten. Tenemos que saber darle la «vuelta a la tortilla» al uso de la tecnología, utilizarla para conectar a las personas; aprovechar las redes sociales, las aplicaciones de mensajería y otras plataformas digitales para facilitar la comunicación y el contacto entre las personas. Esto puede ser especialmente útil para quienes tienen dificultades para asistir a eventos o actividades presenciales. Hay que luchar contra la desaparición de lugares de convivencia y de intercambio, de diversión y de aprendizaje, hay que salir a la calle, no vivir y potenciar la vida *intra muros* de las casas, hay que hacer las ciudades habitables y seguras. Hay que pensar en los ancianos y también en los jóvenes y en el diálogo entre estos dos grupos humanos.

Y hay que pensar en quién está inmerso en la amargura de la soledad no deseada y ayudarlo con los medios que tenga cada uno para salir de ese pozo que le ahoga, al que no llega la luz y del que no ve la salida.

«Sentirse solo es no tener a nadie a quien agarrarse cuando tienes algún problema; nadie que te quiera cuando necesitas cariño; nadie cuando necesitas ayuda». ●

CIENCIA, LÓGICA Y DIOS

JOSÉ MARÍA MÉNDEZ

Presidente de la Asociación Estudios de Axiología

Karl Popper insistió hasta la saciedad en que las teorías científicas son falsables. Y sacó la consecuencia de que, si no fueran falsables, entonces tampoco serían científicas.

La razón de por qué es así la encontramos en el hecho de que la inducción, tan alabada por Francis Bacon y en la que se basa la ciencia, no se formaliza como una validez, verdadera en *todo mundo* posible, sino como una consistencia, verdadera en *algún mundo* posible. Por tanto, queda abierta la posibilidad de que aparezca en el futuro una *anomalía*, como se dice, o sea, un efecto comprobado empíricamente y que no es explicable por la teoría científica en cuestión.

Los medievales llamaban *fallacia affirmationis consequentis* a la inducción debidamente formalizada. Quizá la palabra falacia sea excesiva. Más que de una mentira, cabría hablar de una verdad imperfecta o a medias. O una verdad de segunda clase, si se quiere. Pero en todo caso se trata de una teoría siempre amenazada por la falsación.

El ejemplo emblemático de ello lo encontramos en los éxitos asombrosos de la teoría de la gravedad de Newton, hasta que tropezó con la precesión del Planeta Mercurio en su perihelio. Las mediciones astronómicas diferían demasiado de lo postulado por la famosa fórmula $m \cdot m' / d^2$.

Con una herramienta mucho más potente –el cálculo tensorial y matrices 4 por 4– Einstein consiguió corregir la anomalía de la gravedad de Newton. Según sus propias palabras, fue la mayor satisfacción de su carrera científica. Aunque luego dio la impresión de estar convencido de que su nueva teoría de la gravedad ya no era falsable.

En todo caso, la conclusión de lo anterior es que la Ciencia, a pesar de la adoración que muchos sienten por ella, no está en condiciones de decidir con autoridad sobre la cuestión de si Dios existe o no existe. Es la Lógica reciente la que decide en este caso. Todo lo que consiguieron los lógicos medievales y escolásticos ha sido incorporado por el moderno cálculo descubierto por Frege y Peano. Los dos eran matemáticos profesionales. Por eso les sorprendió tanto la acabada perfección del nuevo cálculo lógico. Desaparecen las lagunas que se dan en los cálculos matemáticos. No hay vacíos insolubles como la división por cero. Y se puede ir para adelante o para atrás con la misma facilidad, mientras que podemos derivar todas las funciones, pero integrar sólo unas pocas.

En realidad, la formalización reciente de la lógica ha sido el avance intelectual más formidable dado nunca por la humanidad en toda su historia. Más incluso que la invención de la escritura, aunque sin duda nos falta perspectiva para apreciarlo así.

Aristóteles descubrió los silogismos. Luego se intentó encontrar reglas para ellos: Barbara, Celarent, Darii etc. Pero todo ese inmenso trabajo ha quedado englobado y superado en el nuevo cálculo lógico. Los silogismos no tienen nada de especial respecto a las demás valideces. Por otra parte, los medievales identificaron valideces más sencillas que los silogismos, como el *modus ponens* o el *modus tollens*. Leibniz buscó en vano los operadores de ese cálculo que hace posible el pensamiento y el lenguaje.

Pero al menos intuyó que, cuando estuviera en nuestras manos, la filosofía dejaría de consistir en dar palos de ciego.

En cambio, Kant entró en una vía muerta cuando buscó esos operadores dentro de las oraciones sujeto-predicado. De ahí sus estériles elucubraciones sobre los juicios a priori o a posteriori, analíticos o sintéticos. Los operadores son externos a los juicios, salvo el afirmador-negador.

La búsqueda de los elusivos operadores continuó. Se atribuye a Stanley Jevons la propuesta del disyuntor inclusivo como el operador que faltaba para completar el cuadro. Conserva la verdad exactamente de la misma manera que el conjuntor conserva la falsedad. Son duales entre sí. Por último, Frege y Peano, de modo independiente, dieron con los seis operadores lógicos, que son como la clave de bóveda de todo pensamiento y de todos los lenguajes ordinarios del mundo.

Por primera vez fue posible establecer con toda precisión la triple correspondencia entre los tres tipos de fórmulas lógicas –valideces, consistencias, contradicciones– y los tres *modi* del ser «necesario, posible, imposible».

Todavía en mi *Curso Completo sobre Valores Humanos* de 2007, admitía yo el tradicional cuarto *modus* –lo contingente– como algo intocable. No me daba cuenta de que la triple correspondencia hay que situarla antes del Big Bang, cuando el poder creador de Dios aún no ha sido estrenado. Frente a lo consistente en el *Logos* está lo posible en el *Esse*. Y lo posible no desaparece porque luego se actualice y aparezca el ente contingente, el que vemos y tocamos, el que erróneamente se ha tomado siempre como inicio del pensar.

Volveremos más adelante sobre las correspondencias primera y tercera. Notemos ahora que la segunda correspondencia establece la coimplicación entre lo *consistente*, en el *Logos*, y lo *posible*, en el *Esse*. Con ello se cierra el paso a dos desviaciones intelectuales muy arraigadas en la historia.

En primer lugar, no existe idea alguna sin el correlato real de una posibilidad de ser; da igual si ésta se actualiza luego o no. Si una supuesta idea no es válida, ni tampoco consistente, entonces es contradictoria. Todo idealismo cae por su base. No existe el *ente ideal* con que tanto soñaba Hartmann. No existen las ideas platónicas, como posible status ontológico definitivo de los valores. Estaríamos hablando de lo que debe ser; pero nunca será. Un deber-ser que nunca llegará a ser es algo en sí mismo contradictorio. El galimatías de los tres capítulos de su *Ethik* (18, 19 y 20), en que Hartmann trata de despiezar la noción de deber-ser o *Sollen*, es un excelente ejemplo del inevitable fracaso de todo intento de racionalizar lo que es contradictorio.

En segundo lugar, tampoco existe algo real sin la correspondiente racionalidad. Esta es una lección que tienen pendiente de aprender los científicos, especialmente los biólogos, que todavía creen que el azar o lo aleatorio existen como existen los conejos. Si algo existe de hecho, existe previamente su posibilidad. Y frente a esa posibilidad estará una consistencia lógica. Es lo que siempre se ha entendido *por principio de razón suficiente*.

Heidegger fue considerado en su tiempo como un eminente y profundo metafísico. Pero la lógica formalizada lo ha desnudado. Su abstrusa prosa no era más que hojarasca sin contenido serio. Lo vemos bien en su célebre pregunta ¿Por qué el ser y no la nada? En ella el *Esse* está desconectado del *Logos*.

La pregunta correcta sería ¿por qué necesariamente existe lo válido y necesaria-

mente no existe lo contradictorio? Con el mismo vigor y energía hay que postular ambos asertos a la vez. Son inseparables en lógica. Pues *contradictorio* es lo mismo que *válido* con el negador delante ($Ct = - Vz$). Y por otra parte, *imposible* es igual a necesario con el negador detrás ($Im = Ne -$). Podemos por tanto prescindir de los símbolos Ct e Im y usar sólo Vz y Ne .

Lo vemos más claro, si explicitamos el afirmador. Cabe conjuntar las correspondencias primera y tercera así: $(+Vz \leftrightarrow Ne+)$ & $(-Vz \leftrightarrow Ne-)$. Las posiciones en la fórmula del afirmador + y del negador - son bien elocuentes. Muestran incluso visualmente la unidad lógica de que hablamos. Si se admite una mitad de la conjunción, hay que admitir también la otra. Si lo contradictorio no existe, entonces Dios existe. Y si se niega una mitad, hay que negar también la otra. Si Dios no existe, entonces hay que admitir que lo contradictorio existe.

La primera parte de la conjunción $(+Vz \leftrightarrow Ne +)$ dice que Dios necesariamente existe, y la segunda parte $(- Vz \leftrightarrow Ne -)$ afirma que lo contradictorio necesariamente no existe. Dios como *Ipsum Esse* es inseparable de Dios como *Ipsa Veritas*. En la tradición cristiana siempre se han usado las expresiones *Dios Padre* y *Dios Hijo*, que son comprensibles para las personas sin estudios de lógica.

En conclusión, la formalización de la lógica ha puesto fuera combate al ateísmo. Lo ha convertido en mera ignorancia de la lógica formalizada. En un primer momento pensé que esta conjunción de la primera y tercera correspondencias pudiera presentarse como el argumento de San Anselmo puesto al día. Ahora me atrevo a ir más allá. El hecho de que poseamos los operadores lógicos es justo el don que Dios nos ha hecho y por eso hemos sido elevados al nivel de «su imagen y semejanza» (Gen 1, 26). Dios nos hace divinos, como diría Unamuno. O más llanamente. Tenemos acceso directo a Dios en cuanto *Ipsa Veritas*, a pesar de que no lo tengamos en absoluto en cuanto *Ipsum Esse*.

Curiosamente cuando he expresado esta opinión a personas creyentes, la reacción suele ser de reserva. Se resisten a admitir que pueda ser verdad lo que tanto les gustaría que lo fuera. Demasiado bello para ser verdad. Rara vez he oído la respuesta que más agradezco. *No lo entiendo. Me faltan conocimientos. Voy a estudiar lógica moderna para comprender bien lo que dices.*

Leibniz llamaba *characteristica universalis* al cálculo que luego descubrirían Frege y Peano y permitiría la presente revolución informática. No consiguió encontrar sus operadores, pero se dio perfecta cuenta de su enorme trascendencia. Según sus palabras, ante *cualquier arduo problema filosófico bastaría sentarse a la mesa y decir ¡calculemos!* Ciertamente éste es el caso de la existencia de Dios.

Otra cosa es que muchos prefieran permanecer en la ignorancia antes que estudiar y aprender tan peligroso cálculo. ●

METAPOLÍTICA E HISTÓRICA

ALBERTO BUELA

Filósofo

Cada vez que se nos ha dado la ocasión de hablar sobre la metapolítica sostuvimos que se trata de una interdisciplina donde convergen otras como la literatura, la economía, la filosofía, la teología, la historia, la política que intenta explicar las grandes categorías que condicionan la acción política de los actuales gobernantes.

Más allá que existan al menos tres corrientes interpretativas: la de aquellos que pretenden hacer metapolítica sin política, la de aquellos que la limitan a la recuperación de la política pública y la de aquellos otros que la interpretan como una metafísica de la política, todos coinciden en el método: ir a las cosas mismas y describirlas lo más ajustadamente posible.

El método es pues el fenomenológico, en sus dos aspectos: eidético o de descripción esencial y hermenéutico o interpretativo.

Pero la metapolítica y sus cultores han desarrollado un modo propio de exposición que denominamos: *festina lente*. Esto es, apresurar con calma o ser presuroso con circunspección, ofreciendo respuestas rápidas, no demoradas a los problemas que se nos presentan pero con máxima prudencia, *sine ira et studio*. Hay que publicar rápido, aun fragmentariamente, el resultado de la investigación (*festina*) esperando la verificación intersubjetiva de los otros para que provoque la rectificación, aclaración o complemento de lo investigado. Hoy estamos en la época del Internet y así tenemos que aprovecharlo.

Sucede con la metapolítica, *mutatis mutandi*, lo que sucedió con la histórica y la historiografía en la última mitad del siglo XIX. Humboldt, Dilthey, Droysen y tantos otros, querían proveer a los estudios históricos de un órgano análogo al que Kant en su *Crítica de la razón pura* ofreció a las ciencias físicas y naturales.

Así Droysen afirma que el método de la histórica es *forschend zu verstehen*= *comprender indagando*. La diferencia entre los eruditos en historia –según J. G. Droysen, la filológica– y la historiografía o histórica es que los primeros, se preguntan por los documentos auténticos o la cronología de los hechos de la Reforma luterana, mientras que los segundos, se preguntan por la orientación cognitiva y el sentido de los mismos. La primera conduce a la preparación de un conocimiento, en tanto que la segunda al conocimiento mismo.

Es que el erudito no se compromete en el drama humano que estudia, pues vive la plácida y descansada vida del becario que tiene asegurado su salario mes a mes. El que se implica es el que busca el conocimiento mismo. El que se pregunta por el ser del ente, al decir de Heidegger. Por el sentido de lo que es.

Con la metapolítica ocurre algo análogo, pues mientras que el politólogo se pregunta por la actividad política de los partidos y los agentes, el que pretende hacer metapolítica se pregunta por el sentido de esas acciones: de dónde provienen y hacia dónde se dirigen. Cuáles son sus condicionamientos y cuáles sus libertades.

Su método, como dijimos, es el fenomenológico de la hermenéutica disidente cuyo modo de exposición es el *festina lente*=*apresurar con calma*.

Como vemos, existe una proximidad muy grande entre el *apresurar con calma* y el *comprender indagando*. Pero la diferencia es que el *festina lente* incorpora la novedad del Internet poniendo a disposición de los otros los conceptos a estudiar y espera sus respuestas o verificaciones en el enriquecimiento de los conceptos tratados.

En este sentido estoy tentado a decir que la metapolítica encuentra un aliado contemporáneo muy grande en la producción historiográfica tanto hermenéutica como conceptual, de allí que autores como Hans Gadamer y Reinhart Koselleck sean de recomendable lectura para la disciplina.

No hay que olvidar lo que sostuvo el viejo Epícteto: «*no son tanto los hechos los que conmueven al hombre, sino mas bien las palabras sobre esos hechos*».

Esto no quiere decir como exageró Nietzsche, que no hay hechos sino solo interpretaciones. No, hay hechos que según los describamos, a través de lo políticamente correcto o el pensamiento único, o por medio de la policía del pensamiento, producirán en la conciencia del sujeto una reacción preconcebida o predeterminada por los productores de sentido. Básicamente los grandes *mass media*. Pero también existe otra posibilidad, que consiste en trabajar esos hechos y los conceptos que produjeron esos hechos, a través de la metapolítica con el objeto de lograr una conciencia despierta e insobornable.

Adenda

Existen distintos tipos de hermenéuticas, la existencial, la analógica, la ontológica, la discursiva, del lenguaje, la clásica, etc., así nosotros podemos justificar nuestra propuesta de una hermenéutica disidente para encarar los estudios sobre la metapolítica. Decimos *disidente* porque partimos del disenso como método de la metapolítica, según el cual buscamos otro sentido al des-orden político-social que padecemos. Su lema podría ser *opposer pour penser*.

La hermenéutica disidente rescata la dimensión existencial del intérprete, que parte de la preferencia de sí mismo y su situación en una ecúmene determinada del mundo. Es decir, que no hay universalidad como en Kant-Habermas-Apel, en la comprensión pues se hace desde un *genius loci*. Y es disidente porque, antes que nada, disiente con el *statu quo* vigente y sus grandes categorías que condicionan la acción política, ofreciendo otro sentido.

Así, el acercamiento hacia esas grandes categorías se realiza desde la disidencia con ellas porque son productos de la criptopolítica y no de la política pública. Todas las mega categorías que conforman este mundo globalizado son productos y creaciones de los diferentes *lobbies* o grupos de poder que hay en el mundo y que lo terminan gobernando. La hermenéutica disidente parte de este presupuesto pero, al mismo tiempo, su criterio de verdad se apoya, no ya en los ideólogos de diferentes layas, sino en los diferentes *ethos* de las ecúmenes que conforman este mundo, que es un *cosmos*, que significa tanto el orden como lo bello. El mundo, en su sentido último, es un conjunto ordenado y bello de entes que lo componen. De modo tal, que cuando el hombre lo desordena se transforma en algo feo e invivible. ●

INCONGRUENCIA

JOSÉ MARÍA ADÁN GARCÍA

Abogado

Consecuencia del confuso sistema electoral y más aún de la tendenciosa aplicación por un gobierno de «Frankenstein», que en su seno lleva la contradicción y la necesidad de comprar su permanencia con concesiones ideológicas y económicas a partidos minoritarios y anticonstitucionales, es el divorcio de una parte importante de la población y el voto a lo «menos malo que no por ello deja de ser malo».

El sistema de representación «exclusivo» de los partidos políticos –en revisión europea– exige que la naturaleza, la institucionalización y su funcionamiento estén claros y cumplan su objetivo que es servir de cauce para la asociación voluntaria y libre del caudal de la ciudadanía, con el fin de participar en las tareas del Estado, respetando la independencia de los poderes que lo constituyen.

En modo alguno esta participación puede convertirse en lucha por el poder. Por eso tienen que actuar dentro de unos objetivos y sistemas superiores, que se contienen en la constitución, que se da a sí misma la Nación, que solo se puede cambiar con los trámites contenidos en sí misma.

Ello exige que los partidos políticos en su estructura y funcionamiento cumplan con una serie de principios.

El primero de todos, su constitucionalidad. Jurar y cumplir la constitución, que se fundamenta en la suprema unidad de la Nación, «patria común e indisoluble de todos los españoles», y el imperativo de una historia compartida.

Si esto se cumple, no pueden legalmente formar parte del poder legislativo del Estado los partidos que incumplan o incluso ataquen la constitución (la unidad de España, la independencia de poderes, la monarquía parlamentaria...). Por cierto, que los países más prósperos, libres, democráticos, y estables son monarquías parlamentarias (Inglaterra, Suecia, Noruega, Bélgica, Luxemburgo, Japón, Holanda, Emiratos Árabes...).

Por lo tanto es inadmisibles el pacto de un partido constitucional, con otros anticonstitucionales, comunistas, separatistas... que no solo son antisistema sino que encima imponen su contenido doctrinario legislativo (como la ley trans, la memoria histórica, «solo sí es sí», etc.).

Todo ello se proyecta sobre el conjunto de la ciudadanía y provoca la estupefacción, y el «mal menor».

El tema no termina ahí, hay muchos aspectos más, que exigen la reforma de los partidos políticos y del sistema de representación.

Los partidos en Europa, por sí solos no representan a la sociedad. Esto es un clamor, cuya figura más representativa es Max Beloff, catedrático inglés.

La sociedad ha ido creando sus propias estructuras, que ya no son verticales –los partidos se han convertido en una cámara de intereses personales e ideológicos, las estructuras horizontales basadas en intereses personales no solo en ideologías se han apoderado en la sociedad–.

Parados, jubilados, inmigrantes, jóvenes, feministas, independientes, ecologistas...

representan y defienden intereses colectivos independientemente de los partidos. Incluso rechazan su ideología, que siempre es interesada.

Esto afecta a los sindicatos mayoritarios. Los sindicatos mayoritarios se han convertido en correas de transmisión de los partidos.

Viven de las cuantiosas subvenciones, actúan al servicio del poder y contribuyen al mantenimiento del sistema socio-económico que histórica e ideológicamente debían sustituir.

Cuando el país de mayor índice de paro de su contorno, fundamentalmente juvenil y mayores de larga duración abandonados a su suerte, contrariamente al especial cuidado en otras altitudes, que llegan por ejemplo a liberarles del pago del IRPF a partir de cierta edad y años de cotización.

El país de mayor deuda que grabará a las nuevas generaciones de alto nivel de inflación acumulada, de mayor gasto público incontrolado, índice inadmisibles de presión fiscal, de inmigración ilegal... Resulta que él nos vende un incremento salarial del 3% en el año 2023, que antes de aplicarse ya es sobrepasado por la inflación acumulada.

Todo nos lleva a la necesidad de reformar el sistema representativo, dando cauce a la realidad social. Algunos –entre los que me encuentro– lo venimos propugnando, con el nombre de «democracia de síntesis» o «democracia mixta», que supera la «exclusividad» de los partidos políticos.

Mientras eso llega, de lo que va habiendo diferentes intentos, hay que clarificar la competencia y el funcionamiento de los partidos.

No todo el monte es orégano.

En primer lugar, un partido no es elegido para ostentar el poder absoluto porque ha de respetar como base de la democracia la plenitud e independencia de los poderes del Estado (ejecutivo y sobre todo el legislativo). Los continuados intentos de ocuparlos y subliminarlos al partido y lo que aún es peor, a los mini-partidos («Frankenstein»), también deja perplejo al ciudadano. Es necesario que gobierne el partido más votado, sin que sea admisible que lo haga gracias a los inconstitucionales.

Esto es tan evidente que en Europa se tiene establecida ya generalmente una segunda vuelta exclusiva para los partidos mayoritarios.

Los partidos deben financiarse –como los sindicatos– con la cuota de sus afiliados.

No es admisible la intromisión de los cuadros de los partidos en los escalafones de la administración, asumiendo funciones ejecutivas (la administración tiene su forma reglamentaria respetando la igualdad de acceso a sus plantillas) y mucho menos la abusiva colocación de enchufados, «asesores», como si la propia administración no tuviera personas preparadas que han ganado su puesto con una titulación suficiente y por oposición.

Somos uno de los países con mayor número de empleados públicos; a lo que habría que añadir la abusiva creación de empresas públicas.

La exigencia de las medidas que se propugnan, no solo porque son justas en sí mismas, sino porque además suponen una disminución necesaria del gasto público que ha alcanzado niveles inasumibles. ●

UNAMUNO CONTRA LA REVOLUCIÓN IZQUIERDISTA

JESÚS LAÍN Z (LD)

Abogado y articulista

La vida de Miguel de Unamuno comenzó con una guerra civil y concluyó con otra. Pues, nacido en Bilbao en 1864, le tocó sufrir el asedio carlista en el invierno de 1874, experiencia infantil que inspiraría su primera novela, *Paz en la guerra*. Y el destino le tenía preparado fallecer la nochevieja de 1936, recién estallada una nueva guerra civil que atormentaría sus últimos meses de vida.

Opuesto al incipiente bizkaitarrismo sembrado por los hermanos Arana, ingresó en 1894 en las filas socialistas bilbaínas y colaboró con artículos de opinión en el periódico *La lucha de clases*. Pero sus simpatías por el socialismo fueron atenuándose hasta que tres años después lo abandonó desengañado.

Reflejó su antimonarquismo en numerosos artículos, como los publicados en 1918 en el periódico *El mercantil valenciano* que le valieron una condena a dieciséis años de prisión y una fuerte multa por acusar al monarca y a su regia madre de no ser más que marionetas de los recién vencidos Hohenzollerns y Habsburgos en contra de los intereses de España, condena de la que fue indultado para, aprovechando la ocasión, dar a Alfonso XIII un baño de benevolencia.

Por su oposición a la dictadura de Primo de Rivera, acabó desterrado en Fuerteventura en 1924, desde donde no se privó de escribir cartas a sus amigos calificando al dictador de mentecato, borracho y putero. Tras unos pocos meses en la isla llegó el indulto, pero Unamuno prefirió establecerse en Francia a regresar a España.

Destituido Primo de Rivera en 1930, Unamuno regresó a tiempo para asistir a los últimos coletazos de la monarquía. Se presentó a las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 por la Conjunción Republicano-Socialista. Elegido concejal, le cupo el honor de proclamar la República desde el balcón del ayuntamiento salmantino celebrando el comienzo de una nueva era y la conclusión de «una dinastía que nos ha empobrecido, envilecido y entontecido».

Dos semanas después, el 1 de mayo, Unamuno desfiló al frente de la manifestación obrera junto a Prieto y Largo Caballero. Salió elegido diputado como independiente por la Conjunción Republicano-Socialista y se distinguió en los debates constitucionales, fundamentalmente en lo relativo al estatuto catalán, con el que fue muy crítico por considerar que privaría de derechos a los no nacionalistas, y a la oficialidad de las lenguas regionales, a la que se opuso con rotundidad, sobre todo para la enseñanza. En la votación para elegir presidente de la República, para la que contó con el apoyo de un nutrido grupo de escritores como Salinas, Guillén, Bergamín y Diego, se llevó el chasco de obtener solamente un voto, al igual que Ortega, resultados ridículos en comparación con los 362 del vencedor, Niceto Alcalá-Zamora.

Además de recuperar el rectorado de la Universidad de Salamanca del que había sido destituido por Primo de Rivera, fue nombrado presidente del Consejo de Instruc-

ción Pública y ciudadano de honor de una República para cuyo advenimiento él siempre presumió de haber contribuido más que nadie debido a sus incesantes escritos contra Alfonso XIII, su reclusión en Fuerteventura y su posterior exilio voluntario en Francia.

Pero su descontento por el nuevo régimen no hizo más que crecer ya desde los debates constitucionales. «Aquellas Constituyentes de nefasta memoria. Dios nos perdone», las calificaría cuatro años después. Nunca pudo ocultar Unamuno su desprecio por el Parlamento:

A veces vibra la Cámara bien; pero otras... otras es el aullar de una jauría de perros lobos que en las tinieblas barrunta la presa.

En una entrevista concedida a *La Voz* en agosto de 1931, señaló a separatistas y comunistas como los principales causantes de la «situación caótica» que ya en fecha tan temprana empezaba a vislumbrar:

¡Qué majaderos son los separatistas! Cualquier aldehuela nos demandará el mejor día su estatuto. Son los separatistas una cuadrilla de literatos fracasados compuesta de locos y de vanidosos. No saben lo que piden. La única petición clara es que quieren ser guapos. Y la majeza es una endemia muy española. Y el comunismo es la enfermedad de moda. Si a la majeza del separatismo le llamamos endemia, llamémosle epidemia a la de esos señoritos denominados comunistas españoles. Estos últimos aún son más locos, más vanidosos, más ignorantes y más literatos fracasados que los primeros. A unos y a otros se les puede aplicar exactamente la terminación de uno de los pensamientos de Maquiavelo: Doy la vida por la vanidad.

El 25 de noviembre de 1932 pronunció una sonada conferencia en el ateneo madrileño en la que manifestó, como ya habían hecho otros artífices republicanos como Ortega y Marañón, su desilusión:

Vengo como quien va a un sacrificio, con el ánimo bastante deprimido. He dicho que me dolía España, y hoy me sigue doliendo. Y me duele, además, su República.

Así comenzó un discurso en el que fue desgranando las numerosas taras que encontraba en el régimen por el que tanto había trabajado. Para empezar, reprochó que Azaña, con su célebre frase sobre la primera oleada incendiaria de mayo de 1931 («todos los conventos de Madrid no valen la vida de un republicano»), abriera la espita de la violencia «acceptable» por ser ejercida por «buenos republicanos». Continuó denunciando que la Ley de Defensa de la República, con su secuela de arbitrariedades y cierres de periódicos de la oposición, otorgaba a los ciudadanos menos instrumentos de defensa que la Inquisición. Y dedicó especiales ataques a los estatutos de autonomía y a «esa monserga de la personalidad diferencial de las regiones»:

El autonomismo cuesta caro y sirve para colocar a los amigos de los caciques regionales. Habrá más funcionarios provinciales, más funcionarios municipales; habrá un Parlamento y un Parlamentito. Es decir, existirá una enorme burocracia. En vez de una República de trabajadores vamos a hacer una República federal de funcionarios de todas clases. Dios quiera que vuestros hijos encuentren en esa nueva sociedad que se avecina las satisfacciones que yo no podría encontrar. ¡Que esa República federal de funcionarios de todas clases encuentre un ideal! No es lo que yo soñaba. ¡Qué le vamos a hacer! Presencio con tristeza que ha desaparecido toda serenidad. Yo sirvo a un sentimiento de justicia, y me aterra que con otros se cometan injusticias. No me gusta eso, no quiero llevar dentro de mí un alma de déspota.

No eran pocos ni insignificantes los que compartían en aquellos días las críticas de Unamuno, entre ellos el ferviente republicano Antonio Machado:

La cuestión de Cataluña, sobre todo, es muy desagradable. En esto no me doy por sorprendido, porque el mismo día que supe el golpe de mano de los catalanes lo dije: los catalanes no nos han ayudado a traer la República, pero ellos serán los que se la lleven. Y en efecto, contra esta República, donde no faltan hombres de buena fe, milita Cataluña. Creo con don Miguel de Unamuno que el Estatuto es, en lo referente a Hacienda, un verdadero atraco, y en lo tocante a enseñanza, algo verdaderamente intolerable.



Miguel de Unamuno

Todos estos y muchos otros desacuerdos, unidos a su enorme desprecio por Azaña («No hay nada más peligroso en política que un resentido con talento»), llevaron a Unamuno a no presentarse a las elecciones de 1933 y a centrarse en su actividad académica. En mayo de aquel año presentó su dimisión como presidente del Consejo de Instrucción Pública por su oposición a un proyecto de enseñanza que juzgó fanáticamente anticlerical y demasiado complaciente con las exigencias de los catalanistas.

La creciente violencia política le atormentaba por considerarla anunciadora de tragedias. Así, el 29 de septiembre de 1934, una semana antes de que el PSOE y la Esquerra desencadenaran la revolución, pronunció estas agoreras palabras con motivo de su jubilación como catedrático:

Y ahora, estudiantes míos, tengo que deciros otra cosa. Sería congojoso que os ejercitarais en el abuso de las armas de fuego –o de las llamadas blancas– y que las escondierais en el mondado libro de matute, pero más congojoso será que os dejéis ganar del ejercicio de otras armas peores. Me refiero a las de la calumnia, la injuria, la insidia y el insulto de que tanto empiezan a abusar vuestros mayores. Os están enseñando a calumniar, a injuriar, a insultar a la generación de vuestros padres y abuelos. Os están incitando a despreciarlos. Os están incitando a renegar de los que os dieron vida. Vosotros, estudiantes españoles, que os ejercitáis en la investigación científica, histórica y social, en la dialéctica –escuela de tolerancia y de comprensión de la concordancia final de las discordias; de la coincidencia de las oposiciones, que dijo el Cusano–, vosotros tenéis que enseñar a vuestros padres –a nosotros– que esa marea de insensateces –de injurias,

de calumnias, de burlas impías, de sucios estallidos de resentimientos– no es sino el síntoma de una mortal gana de disolución. De disolución nacional, civil y social. Salvadnos de ella, hijos míos. Os lo pide al entrar en los setenta años, en su jubilación, quien ve en horas de visiones revelatorias rojores de sangre y algo peor: livideces de bilis. Salvadnos, jóvenes, verdaderos jóvenes, los que no mancháis las páginas de vuestros libros de estudio ni con sangre ni con bilis.

Tres meses y dos mil muertos más tarde, el 6 de enero de 1935, día de Reyes, Unamuno dirigiría esta alocución a los niños españoles en nombre del presidente de la República:

Os hemos dado mal ejemplo, muy mal ejemplo, y estamos avergonzados de ello. No sé si también arrepentidos. Nos figuramos que nuestros juegos son más serios que los vuestros porque en los nuestros se matan los jugadores. Hay muchos de nosotros que quieren enseñaros nuestros juegos. ¡Decidles que no! [...] Decidles que las escuelas de España deben ser la verdaderas Casas del Pueblo, y que no queréis que entren en ellas nuestros malditos juegos de guerra civil.

Con el paso del tiempo, los síntomas no hicieron sino agravarse. El 7 de junio de 1936 publicó en el diario madrileño *Ahora* un artículo, titulado «Ensayo de revolución», en el que describió la violencia contra unos jueces por parte de las hordas revolucionarias:

Hace unos días hubo aquí, en Salamanca, un espectáculo bochornoso de una Sala de Audiencia cercada por una turba de energúmenos dementes que querían linchar a los magistrados, jueces y abogados. Una turba pequeña de chiquillos –hasta niños, a los que se les hacía esgrimir el puño– y de tiorras desgreñadas, desdentadas, desaseadas, brujas jubiladas [...] Y toda esta grotesca mascarada, retó a la decencia pública, protegida por la autoridad. La fuerza pública, ordenada a no intervenir sino después de... agresión consumada. Método de orillar conflictos que no tiene desperdicio.

Un mes después, el 3 de julio, a sólo dos semanas del asesinato de Calvo Sotelo y el estallido de la guerra, Unamuno denunció el insostenible clima de violencia sembrado por el Frente Popular. Para ello contó tres anécdotas –«frutos de la tan cacareada revolución»– de las que había sido testigo. La primera, la de un zángano que había manoseado a una joven que paseaba acompañada por su familia. Cuando su padre le reprendió, el aguerrido mocetón se puso a gritarle «¡Fascista, fascista!», ante lo que la familia tuvo que escabullirse para evitar ser aporreada por los compinches del otro. La segunda, la de un gamberro que, censurado por un guardia por hacer sus necesidades en la calle, se irguió amenazante espetándole «¡Que soy del Frente Popular!». Y la tercera, la de unos niños de unos doce años que irrumpieron en una iglesia chillando puño en alto «¡Maldito sea Dios!» y «¡Hay que darles unas hostias!».

Unamuno achacó estos sucesos, «y muchos más de la misma laya» a la «barbarie, zafiedad, soecidad, malos instintos y estupidez» de la que se aprovechaban los doctrinarios izquierdistas «para hacer comulgar con ruedas de molino soviético a los papanatas que les leen». Y aprovechó para dejar bien claro su desprecio por la República y su arrepentimiento por haberla apoyado:

Cada vez que oigo que hay que republicanizar algo me pongo a temblar, esperando alguna estupidez inmensa. No injusticia, no, sino estupidez. Alguna estupidez auténtica, y esencial, y sustancial, y posterior al 14 de abril. Porque el 14 de abril no lo produjeron semejantes estupideces. Entonces, los más que votaron la República ni sabían lo que es ella ni sabían lo que iba a ser esta República. ¡Que si lo hubiesen sabido...! ●

REENCUENTRO CON *EL SANTO*

JOAQUÍN ALBAICÍN

En el sillón del salón, pitillo pendiendo del labio y vaso en la zurda de zumo de tomate, me recreaba en las delicias vitales y nocturnas de *Youtube*, uno de los últimos reductos del mundo real, ese en el que –porque así ha de ser y tú lo quieres– es famoso, rico o héroe sólo quien debe y la basura psíquica se percibe apenas como moscas sueltas a las que abates con una simple pulsación en el mando a distancia de la tele. Porque *Youtube* te permite, sí, alzar un cordón de aislamiento en torno al nefasto siglo XXI y su nocivo transhumanitarismo, su aplauso solemne y burdelesco a las *influencers* de lo inguinal, sus transfamilias de *freaks* y el blanqueo netflíxico del asesino en serie con conciencia feminista, de la pendera con una máquina calculadora en el corazón y del pederasta con inquietudes medioambientales...

En *Youtube*, en efecto, podemos sentirnos a gusto y, sobre todo, solos y a resguardo de moscas quienes hemos visto naves ardiendo más allá de Orión y sabemos que los dioses del buen rollo instagramero no serán pronto más que lágrimas en la lluvia... ¡Porque en *Youtube* aún vive Jean Peters agarrada a la barra del metro con ese brazo ebúrneo y levemente sudoroso que invita a ser homenajeado con mordiscos de pasión!

Mi incursión en la vida real había empezado a eso de las diez, tras cenar pronto. Luego de la visita de rigor al programa de Eurico Campano, me había emocionado con un José Alfredo Jiménez ya en el ocaso conmoviendo con su ranchera sombrero charro en mano a una agraviada y encelada Lucha Villa, y también con *Manitas de Plata*, José Reyes y su gente formándola por rumba en Les Saintes-Maries-de-la-Mer. Había visto *El fantasma invisible*, con un Bela Lugosi eternamente en candelero en esa vida internética pero, pese a ello, fiel a la verdad. Sólo Bela –¡increíble sutileza!– es capaz de estrangular a un ser humano no con las manos o una soga, sino... ¡con un abrigo! ¡Y pesado como un capote de brega! ¡Toma ya! ¿Quién si no él? ¡Que lo haga otro, vamos! Había vuelto a ver la impagable entrevista a Emilio Indio Fernández en el penal y varias a Aubrey de Grey, el gurú científico en pie de guerra contra el envejecimiento y por quien aspiro a ser algún día aceptado como ratón de laboratorio. Había asimismo revisitado varias conversaciones con ese paradigma de lucidez que es el subcomisario Amedo. Y puesto luego *El desertor* para, en Berlín Oriental, vivir junto a Montgomery Clift un romance con una enfermera y enfrentarme a las torturas psicodélicas de la *Stasi*.

Y entonces... sucedió. ¡El deslumbramiento advino!

No aconteció en Damasco, sino en Ginebra, en cuya embajada soviética y en *El prisionero ruso* –un redondísimo episodio de *El Santo*– Simon Templar/Roger Moore viene a coincidir en un cóctel con la oficial residente del KGB. El tenso encuentro nos aprieta un nudo en la garganta, porque esa agente de Moscú, ¿no es la misma a la que se enfrenta su *alter ego* James Bond/Sean Connery en *Desde Rusia con amor*? Eso nos

parece de primeras, sí, pero gracias a nuestra veteranía, que es un grado, no tardamos en reparar en que se trata en verdad de nada más y nada menos que Yootha Joyce, es decir, de la Mildred de *Los Roper*. No sé ustedes, pero yo nunca descarté que ese matrimonio del extrarradio londinense fuese de tapadillo una célula durmiente al servicio del Kremlin. Ambos, como *El Santo*, vivieron en días en que, en palabras del embajador de Moscú, anfitrión de los dos o de los tres, era de más provecho político el caviar que la dinamita. Y, aunque los Roper no probaran nunca las huevas de esturión ni se manejaran con explosivos, su labor de socavación de la moral y la estabilidad psíquica de la clase trabajadora británica aspirante a convertirse en burguesía –encarnada por su vecino– fue más que patente. Se las hicieron pasar putas, con perdón.

Lo admito. Nunca, la verdad, me había convencido el rollo Roger. Siempre había encontrado a Moore como que muy almibarado y blandito, no lo veía ni en lides de Bond. Pero la incontestable evidencia de que Mildred Roper fue espía soviética y mi inmersión en otros episodios



de la serie me han redescubierto mi afinidad con ese mundo de *El Santo* con paredes de papel pintado como el que, con escenas de una cacería del zorro por un bosque británico, cubría las paredes del salón de mi abuela, así como con sus efectivos golpecitos de kárate, su inolvidable modo de repeinarse entre mamporro y mamporro a los malvados enemigos del Este, los desmayos que causa en las rubias y su elección de ser hombre de *smoking* en un mundo de gabardinas y americanas de mezclilla tan defectuosamente cortadas como todo lo socialista.

¡Pero me he reconciliado con *El Santo*! Y es que no existe a día de hoy más potente remedio audiovisual que *Youtube* para desengancharte de esa espesa sopa televisiva en que la esquizofrenia, la familia disfuncional y la ninfomanía empoderada nos son restregadas por la cara como paraísos de estabilidad mental y modelos a seguir y poetizar. Si se quiere salvar el alma de al menos una parte de la chusma resulta preciso, ya está claro, que ésta encaje con estoicismo un revolcón de vaca vieja que le abra los ojos y reeduce a base de *Los Roper*, 1, 2, 3... *responda otra vez, El Santo, La Clave de Balbín, José María Íñigo, Espacio 1999...*

¡Ah! ¿Qué haríamos sin ti, *Youtube*? ●

HACIA UNA SOCIEDAD DEL CUIDADO

ANA B. DÍAZ CORTÉS

Doctora en Sociología. Grupo hospitalario interdisciplinario de apoyo al cuidador, Hospital Clínico Universitario de Santiago

El envejecimiento es una de las transformaciones sociales más significativas de los siglos XX y XXI y que cuenta con importantes consecuencias en diferentes sectores además de un profundo impacto en la estructura familiar.

Muchas de las personas mayores ni siquiera tienen acceso a los recursos para llevar una vida plena y otras se enfrentan a numerosos obstáculos para participar plenamente en la sociedad. En este contexto, centrar la mirada en el envejecimiento parece más que razonable. Y esto es lo que ha hecho la OMS declarando el período comprendido entre 2021 y 2030 como la Década del Envejecimiento Saludable con una estrategia que pivota sobre cuatro grandes ejes: cambiar la forma de pensar y de sentir y actuar hacia la edad, fomentar las capacidades de las personas mayores, brindar atención centrada en la persona y dar cobertura a largo plazo.

Bajo estos epígrafes se insta a los gobiernos, la sociedad civil, los organismos internacionales, el sector privado y los medios de comunicación entre otros, a realizar acciones para mejorar la vida de las personas mayores, sus familias y las comunidades en las que viven. Un compromiso colectivo enfocado a vivir con dignidad e igualdad y en un entorno saludable.

Dentro de un tiempo habrá que hacer balance y ver si este compromiso que se adquiere, iniciado seguramente con esmero, servirá para lograr una transformación social que logre posicionar la cultura del cuidado en el epicentro de la sociedad. No en vano, la pandemia de COVID-19 ha replanteado el actual modelo, con centros residenciales obsoletos que urge reformular, y personas en soledad dentro de sus casas. Es más que evidente la necesidad de transformar las ciudades en lugares más saludables y facilitadores de la cultura del cuidado.

El cuidado es un valor tan imprescindible como ignorado. Ligado tradicionalmente a la figura femenina es urgente ensalzarlo, universalizarlo y darle un merecido relieve social cuyo germen está en la vulnerabilidad del ser humano. Desde este punto de vista y teniendo en cuenta la fragilidad inherente a las personas, deberíamos preguntarnos por qué parece que hemos perdido la capacidad de cuidar y cómo hacer para que el cuidado sea un deber asumible por todos, un deber moral básico y que trasciende a la dependencia para pasar a ubicarse en la interdependencia. Reconocer la mutua interdependencia y generar empatía es el cimiento sobre el que se sostiene el cuidado y estas deberían de ser características que acompañen la relación con nuestros semejantes y que, en ocasiones y sin motivo, se desactivan de manera inconsciente. Algunos ancianos viven o mueren solos, otros habitan en centros asistenciales cuidados por profesionales con escaso afecto y hay quienes, en el mejor de los casos, se

quedan en sus casas esperando las breves visitas familiares que acontecen entre obligaciones personales y laborales.

La interdependencia se contrapone con un valor en alza en la sociedad actual: la autonomía personal. Nos sentimos verdaderamente forzados a ser autónomos y a formar generaciones de personas autónomas sin caer en la cuenta de que la dependencia es una cualidad intrínseca a la naturaleza humana, nacemos y morimos dependientes, aunque la dependencia no sea igual a lo largo de nuestra vida y se acentúe a edades tardías.



A pesar de estar fuertemente arraigado este modelo de sociedad individualista donde se valora la identidad individual por encima de la grupal y se promueven ideales de competición, las personas nunca podremos deshacernos de la enfermedad, el dolor o el sufrimiento, escenarios que no solo debemos contemplar, sino que también necesitan una repuesta. Si no cuidamos y no nos cuidan cuando lo necesitamos, se rompen los cimientos de la sociedad. Pese a ello, la lucha por la autonomía y el individualismo sigue siendo una meta, hoy por hoy, en nuestro modelo social.

Existen dos ejemplos muy gráficos de la importancia que ha tenido el cuidado en la historia de la humanidad. El primero de ellos se refiere a uno de los más grandes descubrimientos de la paleoantropología mundial que tuvo lugar en el verano de 2001 en el yacimiento burgalés de la Sima de los Huesos. Entre los restos de fósiles humanos recuperados y datados en algo más de 430.000 años de antigüedad, se encontró el cráneo de una niña de unos diez años con una rara patología denominada craneosinostosis que le provocó discapacidad y deformidad física. Con escasas o nulas posibilidades de valerse por sí misma, la niña, en lugar de ser abandonada, algo que hubiera sido

altamente probable en otras especies animales, fue cuidada por el grupo y vivió hasta casi la adolescencia. Se demostraba así una capacidad de formar un grupo integrado y colaborativo, que supo transitar desde el cuidado al amor, determinando un punto de inflexión en la evolución humana.

El segundo ejemplo hace referencia a una pregunta que le formuló una estudiante en una ocasión a la antropóloga norteamericana Margaret Mead (1901-1978): «¿Cuál cree usted que es el primer signo de civilización en la Humanidad?». A pesar de que el auditorio pensaba que la respuesta haría referencia a la rueda o la piedra de moler, la antropóloga dijo que el primer signo de civilización en la cultura antigua fue un fémur fracturado y luego sanado. Argumentó que, en el reino animal, si te rompes una pata, irremediablemente mueres. No puedes huir del peligro o proveerte de alimentos, a la vez, estar inmovilizado te sitúa como presa fácil. Ningún animal sobrevive a una pata rota el tiempo suficiente para que el hueso sane. Por tanto, un fémur roto, que se ha curado, es la prueba de que alguien se ha tomado el tiempo para quedarse con la persona accidentada, le ha vendado la herida, la ha llevado a un lugar seguro y la ha ayudado a recuperarse. Y precisamente es ese momento de ayuda al prójimo donde ella situó el inicio de la civilización. Mead defendía que el cuidado, el apoyo en los momentos difíciles es lo que nos hace seres evolucionados, de ahí la gran importancia de fomentar la socialización, las redes colaborativas, la escucha y el acompañamiento en el sufrimiento.

Pero cuidar es algo más que ver, asistir o custodiar. No es una mera acción. Cuidar es una cultura que implica generar un estilo de vida que dé sentido a nuestra existencia y que contribuya a una transformación social. Un paradigma que pretende transitar por la vida de un modo más humano poniendo interés en aquello que permita construir un mundo mejor.

Este nuevo modelo solo será factible si se educa a la ciudadanía en el cultivo de determinadas virtudes que, conjugando adecuadamente razón y emoción, permita el desarrollo del sentido del respeto mutuo. Para dejar un futuro mejor necesitamos enfocarnos en los valores vertebradores que nos unen como sociedad y recuperar los vínculos comunitarios. El amor ha de expresarse como una determinación firme y perseverante de lucha por el bien común. Si de verdad queremos crear una cultura de cuidado hay que poner el foco en las personas y en su necesidad básica y vital de ser cuidadas; saberse queridas y reconocidas; vivir con dignidad y ser feliz. Es prioritario reflexionar acerca de los valores que les llegan a las nuevas generaciones desde todos los sectores sociales incluidas las familias. Tal vez dedicar tiempo a los demás desde el esfuerzo colectivo pueda ayudar a darle la vuelta a estadísticas tan alarmantes como el número de personas en soledad o la tasa de suicidios. Necesitamos menos egocentrismo y más solidaridad. Una nueva situación en la que todos estamos llamados a asumir un nuevo compromiso. ●

RESEÑA DE LIBROS

DE ETA A EH BILDU. LAS PIELES DE LA SERPIENTE

Fernando José Vaquero Oroquieta

Pompaelo julio 2023, 316 pag., Amazon

El terrorismo de ETA, y sus consecuencias en nuestra historia reciente, vienen generando una importante labor investigadora cuyos frutos son, entre otros, numerosos libros especializados (por ejemplo, el papel de la Guardia Civil y la Policía Nacional en su combate en defensa de las libertades públicas y los derechos de los ciudadanos), testimonios de víctimas y políticos particularmente implicados en la defensa de España en estos territorios, documentales y series en plataformas digitales, informes de diversos organismos (efectos económicos, población exiliada), etc., además de los numerosos textos procedentes desde la propia izquierda abertzale. Sin que pueda afirmarse con rotundidad que atravesemos una verdadera «edad de oro» de las historiografía del terrorismo, lo cierto es que determinados investigadores y, especialmente desde el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo de Vitoria, vienen trabajando frenéticamente en un intento de que el tiempo, y los enfoques equidistantes o expresamente alineados con las justificaciones de los afines a ETA, no aneguen las más elementales exigencias de memoria, verdad, justicia y reparación. Efectivamente, nos referimos a la «lucha por el relato».



El autor que hoy nos ocupa, Fernando José Vaquero Oroquieta, inició en 2022 un particular proyecto memorístico y de investigación que ha denominado *El nacionalismo vasco contra Navarra*. Un proyecto de estas pretensiones, necesariamente, tenía que empezar con los antecesores protonacionalistas, Sabino Arana y el PNV, de ahí que el primer volumen se denominara *Biografía no autorizada del PNV* (Ediciones Pompaelo, Pamplona, 2022).

Así, tras desvelar en aquél diversos episodios nada ejemplares de la oscura y oportunista historia del viejo partido *jeltzale*, en estas primeras semanas de verano ha visto la luz el segundo volumen del proyecto, que ya en su título presenta indisimuladamente sus ambiciones: *De ETA a EH Bildu. Las pieles de la serpiente*, también editado por la joven empresa cultural navarra Pompaelo.

Si en el primer volumen de la saga el prólogo correspondiera a Carlos María de Urquijo, uno de los cargos públicos más implicados contra viento y marea en la defensa de la legalidad en Vascongadas durante muchos años, en esta ocasión es el periodista, historiador y ensayista Pedro Fernández Barbadillo quien acomete la tarea de proporcionar un marco global de interpretación del fenómeno de ETA; también en las precisas circunstancias que atraviesa nuestra patria, golpeada por la ideología de la cancelación, la agenda LGBTQ+ y la desaparición de una supuesta izquierda nacional.

Vaquero propone al lector, en su nuevo volumen, una apretada síntesis de la poliédrica historia de ETA estructurada en una introducción, 35 capítulos, y unas conclusiones finales: desde sus orígenes en la órbita del PNV a su protagonismo político hoy. De ahí que sea abordada la aparentemente dispersa constelación de entidades de todo tipo que viene organizando la autodenominada izquierda abertzale, con la férrea voluntad que le caracteriza, y siempre volcada en la consecución de la independencia y la implantación del socialismo en nombre de un pueblo vasco que afirma representar mesiánicamente.

Si bien ETA ya no mata, efectivamente, las secuelas individuales y sociales derivadas de varias décadas de terror perduran en muchos de sus más íntimos mecanismos sociales, dibujando patológicamente la sociología actual de un País Vasco y una Navarra marcadas a fuego y sangre por el exilio de 180.000 compatriotas expulsados por el nacionalismo hegemónico y su punta de lanza terrorista.

El creciente fenómeno de una izquierda abertzale *disidente* autodenominada *proletaria*, en evidente ruptura con sus mayores, exige un esfuerzo continuo de memoria y análisis que no pierda de vista la naturaleza y raíces de aquel fenómeno tendencialmente terrorista, así como sus mitos, sus principales características mantenidas a lo largo del tiempo, las complicidades que ganó, y sus derivas y múltiples plataformas. De ahí que el autor también reserve jugosas reflexiones e informaciones a la «Marcha de la libertad», la controvertida posición de ETA frente a las drogas, el denominado «feminismo abertzale», la instrumentalización del «movimiento por la insumisión» por los jóvenes abertzales en detrimento de los no-violentos, los grupos terroristas que imitaron su ejemplo y otras expresiones colectivas de aquellas décadas de profundas convulsiones.

Desde tales presupuestos, en estas apretadas páginas desfilan los principales fundadores de ETA, pero también figuras posteriores como Txabi Etxebarrieta, Arnaldo Otegi, Iosu Abrisketa, Mikel Albisu, la tristemente célebre María Dolores González Catarain, Yoyes, Jesús María Zabarte Arregui, *carnicero de Mondragón*, Mikel Albisu, David Pla Martín y tantos otros.

El autor reserva varios capítulos para la memoria de algunos colectivos humanos particularmente golpeados por la banda terrorista, caso de los funcionarios de prisiones, la Ertzaintza, o los vascos tradicionalistas, de centro-derecha, y falangistas, asesinados a causa de su profesión o ideales.

Como marco para todo ello, tras una síntesis y valoración de lo que ha supuesto para la historia de España el PNV, se parte de una cronología de ETA y la izquierda abertzale, especialmente en sus expresiones partidarias, con particular consideración de sus numerosas facciones y escisiones, sus giros tácticos y su mismo declive como banda armada, hasta la presentación de 44 de terroristas declarados en las listas electorales de EH Bildu en las elecciones municipales y autonómicas de 28 de mayo de 2023 en las que consiguieron unos resultados históricos.

Este trabajo presenta, desde una visión integradora, global y con algunos apuntes autobiográficos, la continuidad humana y estratégica de una ETA metamorfoseada en Sortu y EH Bildu, sin reservas ni concesiones.

Dios mediante, acaso en 2024, el autor pretende culminar esta trilogía, de memoria y dolor, con un último volumen reservado al impacto del nacionalismo vasco en la

propia Navarra. Como navarro preocupado del destino de mi patria chica, lo esperaré con ilusión.

José Luis Orella

Libro disponible en: https://www.amazon.es/ETA-EH-Bildu-serpiente-nacionalismo/dp/B0C9SNK953/ref=sr_1_1?__mk_es_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3%95%C3%91&crd=2DI3VEEULUWAL&keywords=de+eta+a+eh+bildu&qid=1688833930&s-prefix=de+eta+a+eh+bildu%2Caps%2C99&sr=8-1

...Y OS UTILIZARON POR SER NIÑOS

Alicia V. Rubio

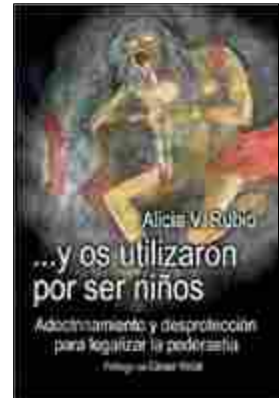
Federación de gremio de editores España, 436 pág.

Hoy quiero que conozcas el último libro de Alicia Rubio, madre, profesora de instituto, miembro de Profesionales por la Ética y, actualmente, diputada en la Asamblea de Madrid.

...Y os utilizaron por ser niños: Adoctrinamiento y desprotección para legalizar la pederastia, un libro clarividente que expone con valentía la gravedad del adoctrinamiento de género en los niños y los próximos pasos hacia su utilización como producto sexual.

Alicia es conocedora del creciente adoctrinamiento de género porque lo ha vivido a diario en su instituto durante muchos años. Por ello, ha denunciado valientemente la ideología de género y sus nefastas consecuencias en sus libros: Primero fue *Cuando nos prohibieron ser mujeres ... y os persiguieron por ser hombres: Para entender cómo nos afecta la ideología de género*, luego *Feminismo sin complejos*, y ahora: *...Y os utilizaron por ser niños: Adoctrinamiento y desprotección para legalizar la pederastia*.

Un libro imprescindible que puedes conseguir en: <https://amzn.to/3JzN1y>



Tradición Viva



DESDE MI OTERO

Veo yo, desde mi otero,
a cientos de ruiseñores
en vertiginoso vuelo.

¡Cómo crepitan sus alas
sobrevolando los montes,
hasta el cristalino cielo!

... Y cuando llega la noche,
se hacen estrellas fugaces,
alumbrando el firmamento.

¡Luciérnagas encendidas,
con pretensión de luceros!

¡Como bailaba la noche!
¡Como la arrullaba el viento!
¡Estrellas, rosas de plata,
con halos de laurel y fuego!

En las noches luminosas,
veo yo, desde mi otero,
a las zagalas del pueblo,
contando los viejos cuentos.

Viejos no,
que son eternos.

Y vendrá la luna luego,
lamiendo la madrugada
con broches del ocaso hechos,
para prenderlos al alba,
de los riscos, en su pecho.

La aurora rasga la noche,
¡siempre quedará el recuerdo!

¡Ay, del azul universo!
Fluyendo, siempre fluyendo...

Sí, así es...
tal como os cuento,
lo veo desde mi otero.

José Manuel Cámara López

